

EL CONTEXTO HISTÓRICO TRAS LA OLEADA DE ASESINATOS EN SERIE DE 1974 -1994 EN ESTADOS UNIDOS.

Aránzazu del Pilar García Antolín

RESUMEN

En este trabajo se pretende elaborar una conexión entre estos crímenes y el contexto sociocultural e histórico que había detrás de la oleada de asesinatos en serie dada entre principios de los setenta y mitad de los noventa en EEUU. Para ello, en primer lugar, se han establecido las bases teóricas sobre qué es un asesino en serie y cuál es la realidad estadística de esta llamada oleada de asesinatos en serie que hemos establecido en el período entre 1974 y 1994. Seguidamente, se ha analizado detenidamente cada aspecto mínimamente significativo de las tres décadas que abarca esta oleada, los ochenta y los noventa, como la política, la música, el cine o el estilo de vida de la sociedad. Después, viendo tres casos de asesinos en serie que han pasado a formar parte de nuestra cultura actual, se intentará explicar el por qué de la importancia de este contexto previamente analizado. Se pretende establecer esta relación como un importante condicionante en los crímenes, tanto para las motivaciones, como para el modus operandi, ritual y firma, para poder concluir que estos condicionantes contextuales propiciaron que se diera tal oleada en Estados Unidos.

PALABRAS CLAVE: Asesinos en serie, Estados Unidos, setenta, ochenta, Factores socioculturales y criminalidad.

ABSTRACT

In this paper, we will try to elaborate a connection between these crimes and the sociocultural and historical context behind the wave of serial killings that took place between the early seventies and the mid-nineties in the USA. To this end, first of all, we have established the theoretical basis about what a serial killer is and what the statistic reality of this so-called wave of serial killings is, that we have set up on the period between 1974 y 1994. Subsequently, each minimally significant aspect of the three decades covered by this wave, the seventies, the eighties and the nineties, such as politics, music, cinema or society's way of life, has been carefully analysed. Then, by looking at three cases of serial killers that have become part of our current culture, we will try to explain why this previously analysed context is so important. The aim is to establish this relationship as an important conditioning factor in the crimes, both for the motivations and for the modus operandi, ritual and signature, in order to be able to conclude that these contextual conditioning factors led to such a wave in the United States.

KEYWORDS: serial killers, United States of America, seventies, eighties, socio-community factors

1. INTRODUCCIÓN

En el imaginario popular, siempre se ha relacionado la palabra asesinato con la de un crimen atroz y violento, perpetrado por un autor frío y calculador, que no dudaría en volver a hacerlo otra vez sin miedo a ser interceptado. Pero nada más lejos de la realidad, esto se limita solo a unos cuantos crímenes que marcaron a la historia y a la sociedad. Crímenes que en realidad tenían un trasfondo que lo motivaba o al menos lo facilitaba, tales como los de Ted Bundy, Jeffrey Dahmer, Dennis Rader o incluso Charles Manson, que han servido de referencia e inspiración para el cine, la televisión y la literatura de nuestros días y que aún hoy nos aterran.

Hoy en día las cosas son muy distintas a como lo eran en el período de actividad de estos asesinos en serie y aparentemente no se han dado tantos casos de este tipo como ocurrió en aquellas décadas. El período que va desde mitad de los setenta hasta mitad de los noventa es así considerado como las décadas doradas para los asesinos en serie, momento en el que también empezaría a estudiarse y a prestarse mucha más atención a este fenómeno criminal.

Surgieron brigadas centradas en la perfilación de estos sujetos. La búsqueda de respuestas era necesaria en una época en la que las tecnologías eran casi inexistentes y no suponían ni de lejos la ayuda que hoy suponen a los cuerpos y fuerzas de seguridad actuales. Los periódicos y medios del momento jugaron un importante papel en la mediatización de este tipo de crímenes e incluso algunos asesinos buscarían la interacción con estos, que fueron clave en la captura de estos sujetos.

Ciertos factores coetáneos a estos años influyeron a tal elevada cifra. Y sería muy interesante poder identificarlos.

1.1. Justificación

El porqué de este TFG podría resumirse en que, en nuestra cultura occidental actual, se relaciona asesinato en serie con los tipos de crímenes acontecidos en este período. En la televisión, en el cine, en la literatura, asesinos como Manson, Rader o Bundy son los referentes. Cuando sucede un nuevo crimen en nuestra sociedad como el del niño

Gabriel Cruz o los crímenes de las niñas de Alcàsser, la prensa muestra la figura de un asesino despiadado, muy inteligente y que se presenta como un lobo con piel de cordero. Por ello se pretende demostrar que la figura del asesino en serie como un ser distinto al resto de los humanos no es tal. Simplemente que en un contexto histórico, social, cultural y político determinado se dieron una serie de circunstancias que propiciaron una elevada ocurrencia de tales crímenes y su alcance mediático.

El hecho de haber escogido a Estados Unidos como el territorio a estudiar se entiende por ser este país el lugar donde se dio esta oleada de asesinatos en serie.

1.2.Objetivos

El objetivo de este artículo es, así, el de intentar explicar mediante un estudio del contexto social, económico, político y cultural la oleada de asesinatos en serie que se produjeron en Estados Unidos desde los años setenta hasta mitad de los noventa del pasado siglo. Se tratará de dilucidar los motivos que han dado a lugar a que hoy en día se consideren a estas décadas como aquellas en la que estos sucesos criminales ocurrieron de forma más destacable, comparando estadísticas sobre este tipo de crímenes para explicar si fue realmente tan notoria y por qué. Es decir, si este contexto pudo influenciar al aumento de la tasa de asesinatos en serie en cuanto a aportar motivaciones o crear ambientes propicios para estos crímenes, entre otros.

Para ello, es de gran relevancia conocer los aspectos anteriormente mencionados, incluyendo dentro de estos la música del momento, el cine y la literatura, las costumbres y rutinas de la sociedad, los métodos de crianza de los hijos, las diferencias de derechos entre razas y géneros, las guerras en las que el país se vio implicadas, las formas de gobierno y otras más que se verán más adelante de forma más amplia.

Además, se detallará el concepto de asesinato en serie y se aportarán datos sobre el perfil del asesino y de la víctima según los diversos autores y unidades que estudiaron el fenómeno como la Behavioural Science Unit del FBI (Unidad de Ciencias del Comportamiento en español), o autores como Canter o Rossmo.

Se aportarán estadísticas sobre la cantidad de víctimas por año y por estado

Al final se incluirá un apartado aplicando todo lo anterior en tres de los asesinos más notorios en la cultura norteamericana y occidental: Charles Manson, Ted Bundy y Dennis Rader.

Con todo esto se pretende confirmar la correlación del ámbito sociohistórico y cultural de estos años con la prevalencia de asesinos en serie, aportando estadísticas que confirmen un mayor número de casos en este período respecto a cualquier otro.

1.3. Material y metodología.

En este artículo se ha seguido una metodología histórico-crítica de carácter descriptivo con una previa revisión bibliográfica en bases de datos distintas que se nombraran a continuación.

En cuanto a la exhaustiva búsqueda de la información necesaria para la elaboración de este TFG se ha recurrido a diversos buscadores y bases de datos como EbscoHost, Dialnet, Scielo, Csic, Jstor, WOS, ResearchGate. También se ha rastreado en la página web oficial del FBI y se han utilizado otros textos y manuales de reconocido prestigio.

Para realizar la revisión bibliográfica en Web of Science, se ha hecho uso del término “Serial Killers”, usando filtros para centrarlo en la temática de “Social Sciences” y para documentos en “Open Access”. Se buscó en un período de tiempo entre 1970 y 2020. Esta plataforma buscó también en otras de las anteriores bases. Se obtuvieron sesenta artículos de los que se hizo una selección previa mediante la lectura del abstract y palabras clave de dieciocho artículos para finalmente escoger siete de ellos tras la lectura de estos.

Como la temática de este trabajo toca diversos aspectos tales como historia, política, urbanismo, arte, tecnologías o sociología, se han hecho varias búsquedas en los diversos buscadores previamente mencionados, pero también se ha acudido a libros y su bibliografía. Por poner un ejemplo, al leer sobre las tipologías de asesinos en serie en De Santiago y Sánchez-Gil, 2018, se encontraron otras varias obras citadas cuya información se ha considerado que podía ser relevante para este proyecto. Así, de la lectura de un libro, se han obtenido otras seis fuentes más.

Es así, con buscadores y bibliografía de otros textos como se han conseguido más de setenta referencias bibliográficas, consideradas como pertinentes para el objetivo de este estudio.

2. MARCO TEÓRICO

En este primer apartado se detallarán los conceptos clave necesarios para comprender bien la temática de este artículo, como son la definición de asesinato o de asesino en serie. En el segundo epígrafe, se justificará mediante la relevancia en la cultura actual, la notoriedad de estos asesinos. En el tercer punto se incluirán algunas estadísticas sobre el número de crímenes de este tipo en distintos períodos y como último apartado, se establecerá el perfil promedio de las víctimas de estos crímenes y de sus perpetradores.

2.1. Conceptos clave.

En primer lugar, cabría definir qué es un asesinato, cuya definición puede variar según el país. En España, el asesinato está recogido en los artículos 139 y 140 del Código Penal. Éste se distingue del homicidio (artículo 138) en que han de darse alguna de las cuatro circunstancias que recoge el artículo. Estas son la alevosía, el precio, promesa o recompensa, el ensañamiento o que se haga para facilitar la comisión de otro delito o evitar que se descubra tal y como señala el artículo 139 y cuyas penas varían entre veinte y veinticinco años de prisión. El 140 trata supuestos agravados, donde la víctima sea menor de dieciséis años o se trate de una persona especialmente vulnerable por razones de enfermedad o discapacidad. También que el hecho fuera subsiguiente a un delito contra la libertad sexual cometido sobre la víctima por el autor y, en tercer lugar, que el autor perteneciera a un grupo u organización criminal. En el punto dos, se impone la prisión permanente revisable a quién hubiera sido condenado por la muerte de más de dos personas (Código Penal, 2020).

Encontramos cierto paralelismo con la legislación norteamericana, dónde el sinónimo a nuestro asesinato sería el del «*first degree murder*» u homicidio de primer grado. Los requisitos son comunes en los estados norteamericanos que siguen la distinción entre homicidio de primer y segundo, que son la mayoría. Esta definición de asesinato requiere así, como norma general, de voluntad, deliberación y premeditación. Las penas varían según el estado, desde la cadena perpetua a la pena de muerte donde la haya (Delisi et al, 2019)

El concepto de «asesino en serie» no es ni mucho menos algo nuevo ni propio de finales del pasado siglo, como se pueda creer. Sin ir más lejos, uno de los más emblemáticos asesinos en serie actuó durante los últimos años del siglo diecinueve: Jack “el Destripador” (*Jack “The Ripper”* en inglés), cuya área de acción se situó en el barrio de Whitechapel (East End) de la capital británica en 1888, y que se cobró la vida de al menos cinco víctimas, todas trabajadoras sexuales. Entre otras cosas, Jack se comunicaba con la prensa y la policía mediante cartas, lo que causó que fuera si cabe más mediático (Curtis, 2008).

Su identidad hoy en día sigue siendo objeto de debate, aunque tras la elaboración por parte de expertos del perfil de este infame asesino, se señala a un carnicero o médico de la zona. Era difícil conocer tan bien un barrio tan laberíntico como el de Whitechapel para matar como él lo hacía sin ser interceptado, por tanto, debía de vivir en East End o trabajar allí. Añadiendo que por sus acciones sobre las víctimas debía de tener conocimientos en anatomía y saber usar un cuchillo u otra arma cortante con precisión (Knight y Watson, 2017).

Desde Jack, ha habido muchos más asesinos en serie, y seguramente también los hubiera antes que él. Pero su caso marcó un antes y un después ya que fue el primero al que se le realizó un perfil criminal y que llamó la atención pública de esa forma. Volviendo a nuestro espacio temporal, podemos encontrar casos mediáticos como el de Samuel Little, quién ha empezado a considerarse como el asesino en serie más mortífero y que actuó entre 1970 y 2005. Este tipo de crímenes atrapan al espectador y lo atemorizan (Maravich, 2018). Por ello, es de vital importancia entender qué fueron los factores que propiciaron su propagación en las dos décadas en las que se centra este TFG.

El estudio de estos sujetos había empezado con el Doctor Richard Von Krafft-Ebing en 1886 (Warwick, 2006) pero no sería hasta 1970 y 1980, con los asesinatos en serie del Asesino de Green River, BTK o Ted Bundy cuando resurgiría un gran interés público por la materia. Así, en 1972, el FBI creó en su sede en Quantico, Virginia, la Unidad de Ciencia del Comportamiento, en aquel momento encabezada por Howard Teten y Patrick Mullany y supervisada por Jack Kirsch. En 1975 se uniría Robert Ressler y en 1977 John Douglas, dos de los agentes más notables de esta unidad (Douglas, 2018).

Fue Robert Ressler quien acuñó el término de «asesino en serie» sustituyendo al término usado anteriormente por expertos de la materia de asesinos extraños (De Santiago Herrero y Sánchez-Gil, 2018). Describió así el asesinato en serie como aquel en el que hay tres o más víctimas en distintos espacios y tiempos y con un período de enfriamiento entre cada crimen. El número de crímenes ha sido objeto de discusión pues, desde el Simposio del FBI de 2005, se ha consensuado que el número sea de “dos o más”. Siendo la definición la de “la muerte ilícita de dos o más víctimas por el mismo agresor o agresores en eventos diferentes” (Behavioural Analysis Unit, 2005). Otros autores han dado sus propias definiciones, destacando entre otras la de Bourgoin (1993) que deja fuera a «asesinos profesionales, terroristas o líderes políticos cuyas motivaciones son el dinero, el fanatismo o la política»

2.2.Relevancia de esta oleada en la actualidad.

La oleada de asesinatos en serie desde los setenta a los noventa ha marcado nuestra ficción actual, tanto en cine, series, libros, incluso políticas actuales. El estudio de estos sujetos no ha terminado y pese a que hoy en día encontramos menos casos parecidos, sigue siendo un tema de gran interés para la criminología y la psicología (Baelo Allue, 2002).

Uno de los ejemplos más relevantes es la exitosa película de *El Silencio de los Corderos*. Este filme se basó en los casos estudiados por la Unidad de Análisis de la Conducta del FBI y contó con la ayuda de sus agentes para la creación de los personajes y partes del guión (Baelo Allue, 2002). Aquí, la agente y perfiladora del FBI Clarice Starling (Jodie Foster) busca la colaboración del Doctor Hannibal Lecter, interpretado por Anthony Hopkins, un asesino en serie y caníbal, psiquiatra de profesión, con el objetivo de atrapar a Buffalo Bill, otro asesino en serie a quien interpreta Ted Levine. El doctor Lecter es un hombre blanco, de buena posición social, culto e inteligente y que sabe ganarse a los demás, siendo también un buen manipulador. Cumpliendo así el estereotipo de asesino en serie que prevalece en nuestra sociedad y a la vez fortaleciéndolo. Pues recordemos que, esta película, basada en el best-seller de Thomas Harris es considerada un clásico de nuestro cine (Crisostomo Galvez, 2014).

El mismo Robert Ressler, quién se entrevistó con docenas de estos sujetos criminales entre 1970 y 1990 (Mahan y Ressler, 2012), fue clave en la elaboración de los personajes interpretados por Hopkins y Levine por lo que podemos asumir así, que

la imagen mostrada al espectador de asesino en serie está en gran parte basada en los asesinos en serie norteamericanos de las décadas de los setenta y ochenta.

Otra referencia cinematográfica sería *American Psycho* de la directora Mary Harron (2000). Aquí se muestra también una imagen del asesino en serie frío, calculador, pulcro y puntilloso. Que no siente remordimientos y que sabe perfectamente lo que está haciendo. El personaje interpretado por Christian Bale, Patrick Bateman, es otro de los icónicos asesinos de la ficción (Schmid, 2006).

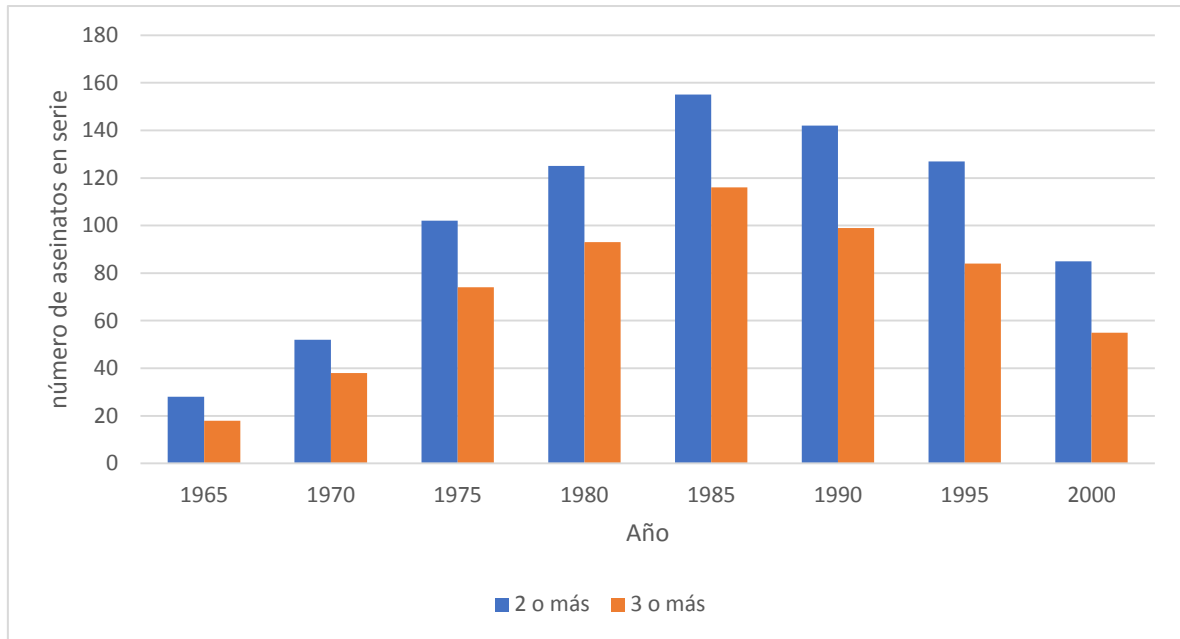
Es cierto que estos perfiles se centran más en el del psicópata o el asesino en serie organizado, que ahora explicaremos, y que, pese a lo que la gente pueda creer, no todos los asesinos en serie son psicópatas, ni fríos, ni apáticos. Pero si es cierto que los asesinos en serie más notables de las décadas mencionadas sí cumplían con algunas de estas características (Vronsky, 2018). Criminales como Ted Bundy, John Wayne Gacy, Jeffrey Dahmer o el BTK.

2.3. Estadísticas

Sabemos así, que los asesinos en serie más infames surgieron fundamentalmente en este período en Estados Unidos, pero ¿tiene esto que ver con que fueran las décadas donde más asesinatos en serie se produjeron?

La respuesta a esta pregunta depende de qué consideremos como asesinato en serie. Como se ha señalado anteriormente, hay una percepción que habla de aquel que mate a dos o más víctimas y otra que se refiere a tres o más. Así, si tenemos en cuenta la definición dada por Ressler, la mayoría de los casos se encontrarían entre 1974 y 1994 con 80 casos y 108 respectivamente, con un pico en los últimos años de la década de los ochenta, 128 casos en 1987 (Aamodt, 2016). Sin embargo, teniendo en cuenta el criterio de “dos o más” este período iría desde 1974 a 1998 con 151 y 122 casos, dándose un máximo también en 1987 y comenzando la bajada a partir de 1994.

Tabla 1. Asesinatos en serie según las diferentes definiciones. (Aamodt, 2016)



Además, se debe tener en cuenta que muchos de los asesinatos que son considerados como en serie de los años noventa, siguiendo el criterio de “dos o más”, son crímenes de integrantes de bandas armadas que proliferaron por todo el país sobre todo a partir de los noventa y dos mil (Howell and Moore, 2010), quedando fuera de algunas definiciones como la de Bourgoin.

Si nos fijamos en el número de víctimas, según Aamodt (2016), el máximo va desde 1973 a 1997, alcanzando su número máximo en 1987. Los estados con más víctimas totales en el último siglo son California con 1628, Texas con 893, Florida con 845, Illinois con 629 y Nueva York con 628. Los estados con más víctimas respecto de su población total son, sin embargo, Luisiana, con 300 víctimas, estando posicionada el número 13 en este ranking de víctimas y el 25 en el poblacional; Oklahoma con 195 víctimas, ocupando la posición 18 en este ranking y 28 en el poblacional y Distrito de Columbia con 170, 21^a en este ranking y 50^a en el poblacional.

Así, se diría que hay un nexo entre que estos años sean considerados como los años dorados de los asesinos en serie y que a su vez se dé una mayor prevalencia. Aunque también hay que tener en cuenta que, aunque algunos de los más infames pertenezcan a finales de los setenta, realmente la década de los noventa presentó más casos. Esto puede deberse a que, al ser de los primeros casos, atraparon el interés del público con mayor facilidad (buscar referencia).

2.4.Perfilación de asesinos en serie

Es importante, antes de adentrarnos en el contexto que propició esta oleada, comprender cual es el perfil de los asesinos y de sus víctimas.

Los agentes del FBI, Ressler y Shtaman, establecieron la diferenciación de asesinos organizados, suponiendo el setenta y cinco por ciento de los casos, y desorganizados, siendo estos el veinticinco por ciento (Garrido Genovés, 2000).

Los organizados tienen una naturaleza psicopática y las características principales son la planificación del crimen, el uso de medios coercitivos y de sujeción o kits, tener adecuadas capacidades intelectuales y una personalidad atractiva, social e incluso extrovertida. Atacar a una víctima “desconocida” pero elegida a la que personalizan y a la que, con frecuencia, le quitan objetos personales que se llevan como trofeos. Los asesinos organizados aprenden y mejoran con cada asesinato y actúan relativamente cerca de donde realizan su rutina cotidiana, siendo generalmente bastante hábiles a la hora de esconder el cadáver, atentos siempre a la investigación policial mediante la prensa. Si hay agresión sexual suele darse mientras la víctima aún vive. Otra característica es que no suelen proceder de entornos delictivos, aunque pueden tener antecedentes penales y cuando son detenidos mantienen el control de la situación fríamente (Canter et al., 2004).

En los desorganizados predomina la enfermedad mental grave, la psicosis. No seleccionan a la víctima o planifican el crimen, ni tampoco personalizan a la víctima, ni usan kits u ocultan el cadáver. Suelen ser solitarios, sin una personalidad atractiva como la del organizado. Se desplazan en transporte público o a pie y sus ocupaciones laborales, si las tienen, son poco cualificadas. No suelen tener antecedentes penales. Son así un antónimo a los asesinos organizados (Alcázar, 2017). Pero, pese a que se citen estas características como propias de cada grupo, estas no son exclusivas y en la gran mayoría de las veces encontramos casos “mixtos” aunque con más prevalencia de unas características que otras lo que nos hace decantarnos por una clasificación u otra (De Santiago Herrero y Sánchez-Gil, 2018).

Otras clasificaciones que se han dado son las de Holmes y DeBurger con la división entre visionario, misionario, hedonista y poder – control (1988). Siendo los visionarios psicóticos, desorganizados y caóticos, guiados por alucinaciones y delirios; los misionarios delirantes o pseudodelirantes que actúan en favor de una misión,

habiendo seleccionado previamente lugar, víctima y arma (Holmes y Holmes, 2009); los hedonistas, guiados por el placer que les supone el crimen, pudiendo distinguirse entre agresivos o sádicos y emotivos; y los de poder-control aquellos que matan en busca de sentimientos de poder y que son organizados y dominantes, como ocurre con los llamados “ángeles de la muerte” (De Santiago Herrero y Sánchez-Gil, 2018)

También la de Canter y Frizton (1998) de expresivos e instrumentales, dentro de los cuales, Salfati y Canter distinguirían en 1999 entre instrumentales-cognitivos, instrumentales-oportunistas y expresivos.

Respecto al perfil geográfico de estos sujetos a la hora de realizar el crimen, una de las teorías que ha cobrado más relevancia sobre la conducta geográfica es la aportada por Canter y Larkin en 1993: la hipótesis del círculo. En esta proponen que los lugares donde el asesino comete los crímenes están relacionados con su domicilio o algún lugar importante para este y si trazamos un círculo entre los dos crímenes más lejanos, seguramente podamos encontrar este lugar de residencia o de referencia para el asesino (Álvarez, Sotoca y Garrido, 2015).

Canter diferencia entre dos grupos: merodeadores y viajeros. Los primeros se desplazan desde su punto de anclaje para delinquir y regresan a este tras cometer el crimen. Los segundos realizan un gran desplazamiento, muy lejos de sus puntos de referencia, aquí no se podría aplicar la hipótesis del círculo.

Rossmo, clasificó también en función de la movilidad, en cazador a aquel que busca a sus víctimas cerca de su domicilio, cazador furtivo el que se dirige a un área específica distinta de su hogar, pescador al que aprovecha su área de actividades rutinarias para delinquir y al trampero al que lleva a la víctima a su punto de anclaje mediante artimañas (2000)

Garrido señala en su estudio sobre el perfil psicológico aplicado a los asesinos en serie (2000, p.34) que:

“La gran mayoría de los asesinos en serie son de raza blanca, varones, y se encuentran entre los 20 y los 35 años de edad. Canter (1994) establece el periodo entre los 30 y los 40 años como el más proclive para los asesinatos en serie. Tres cuartas partes cometen los delitos en solitario”

Y de las víctimas (p.38):

“Pero en la medida de lo posible, la víctima deberá tener una serie de características más o menos amplias: sexo, edad, apariencia, grupo étnico, una actividad peculiar (prostitución), etc. Generalmente, las víctimas de los asesinos en serie son vulnerables y fáciles de controlar (...), y son lugares favoritos para “la caza” los campus universitarios, los barrios chinos y lugares de ocio nocturnos muy concurridos”

Las edades de las víctimas varían entre los 15 y los 35 años según las Serial Killer Statistics (Aamodt, 2016)

Los métodos más utilizados son armas de fuego, estrangulación manual, arma blanca y arma contundente. Si separamos los asesinos en serie que actúan por mutuo propio, de forma individual, encontramos que la estrangulación es el método favorito. Sin embargo, fijándonos en aquellos pertenecientes a sectas o bandas armadas son las armas de fuego las que son las más seleccionadas (Yaksic et al., 2019).

3. CONTEXTO SOCIO-HISTÓRICO

Como breve introducción a este apartado, donde se hablará de los diferentes componentes que conformaron las décadas de mil novecientos setenta y ochenta, cabe señalar que Estados Unidos había venido viviendo hasta el momento una era de grandes logros a nivel de derechos civiles. Se había luchado por la igualdad racial, había comenzado una nueva ola feminista y el país había sido líder en la reconstrucción de la nueva sociedad occidental tras la Segunda Guerra Mundial. Pero, sin embargo, en los setenta varios acontecimientos políticos causarían la desconfianza de los ciudadanos norteamericanos de su gobierno. Como protesta e inconformismo surgirían canciones, grupos musicales, películas, libros, modos de vida alternativos, estilismos rompedores, y un sinnúmero de cosas que son también relevantes para explicar con claridad todo el contexto de este período, tanto como determinantes como como condicionantes.

3.1. Política y guerras

La forma en el que el Gobierno de Estados Unidos funcionó y actuó durante el período que se está estudiando y con anterioridad es clave para entender la situación en la que se encontraba el país en el momento de esta oleada de asesinatos en serie.

Estados Unidos participó en la Segunda Guerra Mundial, que terminó en 1945 y de la que salió victorioso. Con la creación de las Naciones Unidas en la Convención de San Francisco en ese mismo año, Estados Unidos quiso posicionarse como defensor de los Derechos Humanos, lo que se vio en su papel en los Juicios de Nuremberg de 1945 y 1946.

No más de cinco años después, EEUU se involucró en la Guerra de Corea, que duraría tres años y que supondría la primera manifestación bélica de los dos bloques que se habían formado. Por un lado, el Bloque Occidental o Capitalista encabezado por el país norteamericano. Por el otro, el Bloque del Este o Comunista, liderado por la Unión Soviética (Departamento de Estado de Estados Unidos, 2008)

Después de esta guerra vendría otra, la cuál es considerada como uno de los eventos que más marcó a esta generación y que es muy relevante para nuestro estudio, la guerra de Vietnam. Ésta duró desde 1955 hasta 1975 y en ella Estados Unidos no consiguió nada más que cientos de miles de soldados muertos, mutilados, heridos y traumatizados, además de grandes pérdidas económicas y el provocar en sus ciudadanos un creciente sentimiento de desconfianza (Alexander, 2018).

Volviendo a los cincuenta, el país vivió un gran desarrollo industrial que llevó a la cultura del consumismo. Ya en los sesenta, nacería el llamado Estado del Bienestar y con él se daría un “baby boom” (Garland, 2001). Además, surgieron movimientos en pro de la igualdad de derechos entre razas liderados por personajes como Martin Luther King Jr. o Malcolm X durante las candidaturas de Kennedy (cuyo asesinato, como el de estos dos activistas, también supuso un duro golpe para la sociedad norteamericana) y de Johnson. El movimiento feminista volvió a la palestra y la incorporación de la mujer al mercado laboral provocó la aparición de nuevos modelos de familia distintos al nuclear, que irían conformando el nuevo modelo social del país. También los estudiantes tomaron las calles y el mando de protestas como ocurrió en el Mayo del '68 en Europa. Se considera así a la década de los sesenta como la década de los movimientos sociales (Alexander, 2018).

Aunque no todo fue perfecto en estos años, las luchas sociales supusieron muchos enfrentamientos entre los ciudadanos y la policía. Y respecto a las políticas exteriores, Kennedy hizo el considerado como mayor error de su presidencia, la invasión de la Bahía de Cochinos, en Cuba, que fue el desencadenante de la Crisis de

los Misiles de 1962 (Walker y Malici, 2011). Tras él, la escalada de Lyndon B. Johnson en la guerra de Vietnam, enviando más y más soldados resultaría en decenas de miles de bajas. Fue en 1969, con Nixon como nuevo presidente, cuando la política a seguir en la guerra de Vietnam se basaría en una retirada progresiva de tropas, el mantenimiento del apoyo financiero de Vietnam del sur, no extender la ofensiva a más países y conseguir una paz con honor (Ramos, 2015).

En los setenta, una fuerte crisis económica tambaleó todo el sistema donde el Estado de Bienestar ya no podía mantenerse. Fue la llamada “crisis del petróleo” de 1973, que acompañada de la retirada final de Vietnam, supuso en el país un sentimiento de decepción y mala conciencia completamente opuesto al de las décadas anteriores, al que algunos bautizaron como “Síndrome de Vietnam” (Yurtbay, 2018). Esta decadencia daría lugar a la aparición de subculturas y guetos en grandes ciudades (Wacquant, 2010). Además, nacería un fuerte sentimiento pacifista que se prolongaría hasta los años ochenta (Lemann, 2011)

Según Bárbara Keys en su artículo “The Post Traumatic Decade: New Histories of 1970” (2014):

“Fue la Guerra de Vietnam (el "canario dentro de la mina") la que expuso claramente los límites del poder americano y despojó a los americanos del capital moral que había invertido en su hegemonía”

Exposición que continúa más adelante:

“(…) junto con la acumulación adicional de males domésticos - Watergate, protestas raciales, revelaciones de la CIA, etc. - creando la sensación de que América estaba "enferma" y, por tanto, no podía desempeñar su papel previo en los asuntos mundiales.”

Paralelamente seguía existiendo una gran competencia entre los bloques de esta Guerra Fría que era patente en otros muchos aspectos. Desde la diferenciación de ideologías y costumbres (capitalismo vs comunismo) hasta la “carrera espacial”. Se pretendía dar la impresión al exterior de que el estadounidense era un hombre ejemplar, capaz de todo, promoviendo el “sueño americano”, pero los hechos demostraban lo contrario, aumentando así la frustración del ciudadano de a pie, que muchas veces no conseguía medrar, vetado por el propio sistema (Carroll, 1990).

En los años ochenta, años que presentaron la mayor tasa de asesinatos en serie, sucederían otros eventos en la misma línea. En 1980 se produce, encabezado por Estados Unidos, el boicot a los Juegos Olímpicos que iban a celebrarse en Moscú en otro intento más de hundir al bloque rival. Los politólogos hablan de que se dio un notable y general giro a la derecha por parte de todos los partidos políticos durante esta y la anterior década (Jansson, 2016).

En 1981, comenzaría la llamada “Era Reagan” en la que el nuevo presidente electo intentaría llevar al país otra vez a lo más alto, mediante la defensa de los valores tradicionales, el orgullo nacional y el patriotismo. Esta campaña de ensalzamiento de los valores del pueblo norteamericano, junto a los intentos frustrados del anterior presidente, Carter, de sacar al país de la crisis, además de su famoso discurso en 1979 en el que culpaba a los ciudadanos llevo a que Reagan fuera el claro favorito por parte de los votantes. Lo cual se vio aún más incrementado tras el intento de asesinato del presidente solo setenta días después de ser investido. (Rossinow, 2015)

Durante su primera candidatura consiguió sacar a EE.UU. ligeramente del “bache” económico, lo que permitió su reelección en 1984. Con políticas partidarias del libre comercio y la autorregulación del mercado las familias de clase media y baja fueron las que más sufrieron.

Respecto a sus políticas exteriores, el gobierno de Reagan intervino en muchos países de Centro América y Sudamérica en el establecimiento de gobiernos democráticos. Pese a su clara vertiente anticomunista, el uso de la fuerza armada fue limitado, quedando excepciones como el de la isla de Granada, en el Caribe.

En Oriente Medio, la presencia militar fue mayor y también las intervenciones. Se destapó la venta de armas al gobierno iraní, pero esta vez, a diferencia de lo ocurrido con Watergate, el presidente no fue llevado a juicio. (Rossinow, 2015)

Respecto a la relación con la URSS, no fue hasta la segunda candidatura cuando Reagan llegó a un acuerdo con Gorbachov, firmando en 1985 el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio. La Unión Soviética vivía sus últimos días cuando Bush fue nombrado presidente en 1989, año en el que caían en Europa los gobiernos comunistas de los llamados países “satélite” y con ellos, el Muro de Berlín.(Carroll, 1990)

La euforia por el final de la Guerra Fría y el “triunfo” del bloque capitalista no duró mucho, pues en 1990 EE.UU. se vio implicada en un nuevo conflicto armado, la Guerra del Golfo, la cual duraría un año y cuyas negociaciones se alargarían hasta 1993 (Departamento de Estado de EEUU, 2008).

3.2. Rutinas y sociedad.

Con todo este panorama político tan diverso, las costumbres, rutinas y valores de la sociedad norteamericana también sufrieron transformaciones diversas.

En los sesenta, la sociedad estadounidense vivía un momento de orgullo y patriotismo, tras salir vencedora en la Segunda Guerra Mundial, el consecuente desarrollo económico de la década posterior produjo una sociedad del consumo. El pueblo norteamericano se erigía como el modelo a seguir, “al frente” del Bloque Capitalista, involucrado en la búsqueda de justicia en otros países mediante guerras como la de Corea, participando en las primeras decisiones y tratados de las Naciones Unidas y ahora, en la nueva década, inmerso en lograr la igualdad entre todos los ciudadanos, independientemente de su sexo o raza.

Se pretendía dar esta imagen de “sueño americano” también como forma de propaganda en la Guerra Fría. Sin embargo, no todo era tan perfecto como se pretendía aparentar.

Los movimientos sociales conllevaron muchas protestas y altercados y por ello muchos encuentros con la policía, que, como instrumento de defensa y orden del Estado, parecía no estar dispuesta a dejar a estos colectivos alcanzar sus objetivos ante los ojos de muchos. También, frente al movimiento contra la segregación racial, son relevantes los conflictos con el Ku Klux Klan, una agrupación ultracatólica supremacista blanca y de ultraderecha a la que, sin ir más lejos, se señaló desde un primer momento como responsables de los asesinatos de los niños de Atlanta entre 1979 y 1981. Pese al encarcelamiento de Wayne Williams como responsable de un gran porcentaje de esos asesinatos, el FBI hoy no descarta que muchos otros chicos cuyos cuerpos no fueron encontrados o no se hallaron evidencias para relacionarlos con Williams, fueran en realidad víctimas del Klan (Douglas, 2018).

Por otra parte, los veteranos de Vietnam volvían traumatizados y horrorizados si no lo hacían también gravemente heridos o mutilados o incluso si regresaban solo sus

restos. La generación que vivió estos años no solo había podido perder a su padre en la Segunda Guerra Mundial, sino que ahora también perdía a sus maridos o hermanos. Estados Unidos no paraba de quedarse huérfana y el gasto emocional de cuidar a aquellos que volvieron físicamente, pero cuya cordura quedó en el campo de batalla era también una carga demasiado pesada (Fontana y Rosenheck, 1994).

Esto provocó el surgimiento de un movimiento pacifista y ambientalista, cuyos seguidores fueron bautizados como “hippies”. La filosofía hippie tenía como motivo central “el Amor”, un amor que se promovía sin barreras sexuales y con un valor espiritual de igualdad y hermandad entre la humanidad (Hall, 1969). Este movimiento era visto por los sectores más tradicionales como una lacra social y culpables de los problemas del momento. (Jansson, 2016).

Esta época de grandes logros civiles y sociales consiguió paulatinamente difuminar la línea que separaba a unos colectivos de otros. No hacía falta ser de raza negra para apoyar abiertamente sus protestas y participar en ellas. Y los llamados hippies podían ser adinerados o pobres, blancos o negros, mujeres u hombres... Esta sensación de hermandad entre los ciudadanos norteamericanos también dio lugar a que la gente fuera más confiada. El autostop era una práctica muy común en aquellos años previos a la oleada de asesinatos en serie donde muchos de ellos aprovechaban esta práctica para captar a sus víctimas (Atchinson y Heide, 2010).

En los setenta, con la profunda crisis económica, surgieron modelos policiales reactivos y represivos. Se culpaba a ciertos sectores de la sociedad de los problemas del país, aumentando la vigilancia policial en guetos y barrios pobres e ignorando otro tipo de crímenes como los delitos de guante blanco (Young, 2011). Esto causaría más descontento y desconfianza del Estado de aquellos más desfavorecidos económicamente, que también se veían incapaces de medrar en el sistema económico. Por lo que algunos recurrían a formas ilícitas de alcanzar cierto status en su comunidad, cumpliendo la llamada Ley de Pigmalión o Profecía Autocumplida (Young, 2011).

También en esta década comenzaría la lucha por la igualdad, la aceptación y la legalización por parte del colectivo LGTB+ aunque sus peticiones serían ignoradas por los presidentes hasta el nuevo siglo. Sin embargo, ciertos sectores de la población empezaban a entenderlos y aceptarlos.

Los ochenta comenzaron con una fuerte propaganda política de carácter nacionalista y patriota (Departamento de Estado de Estados Unidos, 2008) Los setenta habían acabado con un fuerte sentimiento de desconfianza hacia la clase política tras los casos de Watergate y el MK Ultra. Las elecciones de 1981 supusieron un giro a la derecha de la política y finalmente, con la abrumadora victoria de Ronald Reagan, quedaba clara la necesidad del pueblo estadounidense de desquitarse y volver a sentirse orgullosos de su país, que se debía de convertir de la mano del nuevo presidente, en la gran potencia que fue décadas atrás. El bloque comunista ya no era tan fuerte como antaño y era evidente que empezaba a desmoronarse. Estados Unidos debía aprovechar esta oportunidad para proclamarse “vencedora” de la Guerra Fría y líder del destino mundial (Rossinow, 2015).

Sin embargo, en estos años, aún hay grandes problemas económicos para la clase media y baja pese a estar saliendo de la recesión económica. Son también causantes del malestar de este sector de la población los efectos de la Guerra de Vietnam en muchas familias o el aumento del abuso de sustancias sobre todo tras la llamada epidemia de la heroína. El 60% de la heroína vendida en el país en la década de los ochenta procedía de los muyahidines en Afganistán, bando al que Estados Unidos apoyaba en su guerra civil y al que financiaba (Departamento de Estado de Estados Unidos, 2008).

En los ochenta también cobraría relevancia la aparición del SIDA y la gran cantidad de casos. Muchos sectores de la población, asustados por esta nueva y desconocida enfermedad, culparon al colectivo LGTB+, concretamente a los gays que fueron los más rechazados por miedo al contagio.

Ya en los noventa, tras la caída de la URSS, Estados Unidos parecía haber recuperado en cierta medida la confianza de sus ciudadanos, pero el involucrarse de nuevo en una guerra que no le tocaba directamente, ya acabada la Guerra Fría, volvió a causar cierta desmoralización y desconfianza hacia el Gobierno. Fue la Guerra del Golfo, que también marcaría a toda una generación (Departamento de Estado de Estados Unidos, 2008).

3.3. Tecnologías y comunicaciones.

Las cosas hace medio siglo eran muy distintas a como lo son ahora y Estados Unidos, pese al estar siempre a la vanguardia, carecía de grandes inventos y tecnologías de las que hoy disfrutamos en nuestro día a día.

En primer lugar, sobre las carreteras, cabe destacar la aprobación de la Ley de Asistencia Federal de Carreteras que dio lugar a la red de autopistas interestatales.

“El sistema de 41,000 millas fue diseñado para llegar a cada ciudad con una población de más de 100,000. Casi completada en la década de 1990 a un costo de más de \$100 mil millones, las autopistas interestatales dividieron las ciudades y pasaron por alto los negocios al lado de las carreteras existentes, creando nuevos tipos de ciudades y suburbios” (Federación Profesional del Taxi de Madrid, 2016, p.10)

En los sesenta, ante la tan notable expansión de las vías interurbanas y autopistas que mutilaban ciudades y contaminaban el aire por a la gran cantidad de vehículos (Kay, 1998), el movimiento ambientalista tomó fuerza. Los hippies se convertirían en unos de los mayores defensores de este movimiento.

Jane Jacobs en su obra *The Death and Life of the Great American Cities* (1961) ya trató esta problemática, pero desde un punto de vista social en el que las ciudades serían más seguras si se mantenía cierto orden y no se dejaba que grandes autopistas de muchos carriles separaran barrios, familias y hundieran negocios. Las autopistas se convirtieron también en aliadas de los asesinos en serie, como diría el propio Ed Kemper en una de sus muchas conversaciones con el FBI (Douglas, 2018)

Surgió en esta década y en la siguiente un fuerte apoyo hacia el transporte público, la bicicleta o el ir andando de un lugar a otro, en busca de ayudar al medio ambiente y de dar con una interacción social positiva (Alvord, 2000). Como se ha dicho, en los setenta también se vio reforzada esta tendencia, pero entre los motivos también se encontraba la crisis del petróleo y el elevado precio de la gasolina.

Los automóviles pasarían de ser un símbolo de buena posición económica en los primeros años de la posguerra a ser un elemento indispensable en la vida del ciudadano estadounidense. Siendo el Volkswagen Beetle o “escarabajo” coche más simbólico de este período. En 1970, se habían vendido 570.000 unidades en todo el territorio (Rieger, 2010).

Respecto a las comunicaciones telefónicas, en los años setenta ya era fácil en Estados Unidos que en cada casa hubiera un teléfono fijo, y si no, por todo el país había una gran cantidad de cabinas telefónicas públicas (Fischer, 1994). Ya en los noventa aparecerían tecnologías más avanzadas como el teléfono móvil, que, aunque hubiera sido desarrollado ya en Japón en los ochenta, no pasaría a ser un elemento más propio de la cultura norteamericana hasta esta década (Katz, 1999).

El internet y sus ventajas respecto a la comunicación y la información tardarían también mucho en aparecer, no siendo hasta los noventa cuando se integraría también como elemento fundamental. Mientras, la televisión, que fue símbolo del boom económico de los sesenta, y la radio y los periódicos eran los transmisores de todo lo que pasaba en el mundo (Briggs y Burke, 2009).

Hoy en día, el avance en el desarrollo de los teléfonos móviles y del internet nos permite estar en contacto en todo momento con quién deseemos con tan solo un clic. Podemos incluso compartir nuestra ubicación durante horas con quién queramos y es muy fácil localizar nuestra posición por las antenas de telefonía, método que usan nuestras policías en investigaciones de desapariciones y asesinatos y para comprobar coartadas (Calzado, 2015). También podemos obtener la información que deseemos sobre cualquier cosa, o sobre cualquier persona. Nos exponemos en redes sociales como un libro abierto ante los ojos de quien quiera saber de nosotros (Roig, 2009). Estas tecnologías facilitan la labor policial en cierta medida y evitan que los criminales puedan pasar desapercibidos sin dificultades, como ocurría en las décadas de esta oleada.

Entre 1974 y 1994, la labor policial era mucho más complicada. Ante un caso de un asesinato en serie, para poder entender cómo era la víctima, su entorno y sus costumbres, se tenían que valer casi exclusivamente por las declaraciones de quienes la conocían, quedando muchas veces en la sombra otros muchos datos que hoy se obtendrían y ayudarían en el avance de la investigación (Ressler and Shachtman, 2005). Este ejemplo también sería aplicable al tener un sospechoso, pues comprobar su perfil llevaba mucho más tiempo.

Por no hablar del ADN, que se descubrió en 1953 y cuyo análisis hoy nos arroja cantidad de pistas sobre víctimas y agresores y son una fuerte herramienta para encerrar a un criminal ya que es la forma más empírica de demostrar la vinculación o el contacto

con la víctima. Pero no sería hasta 1987 cuando el ADN se usaría por primera vez para condenar a un sospechoso en Estados Unidos, Tommie Lee Andrews (Herlica, 2002).

Este retraso en tecnologías a la hora de cotejar pruebas, datos o compartir información con otras comisarías, entre otras cosas, favorecía que los asesinos en serie tuvieran tiempo para actuar de nuevo y que se sintieran invencibles lo que les empoderaba para cometer un nuevo crimen.

3.4. Moda y estilismo.

Las modas juegan un importante papel a la hora de entender una sociedad o un período de tiempo concreto. Por ello, veo conveniente hacer un pequeño análisis de los gustos y estilismos de la población norteamericana en estos años.

Los setenta supusieron el fin de esos años de bonanza que supuso la década de los sesenta. Se pasó del orgullo nacional a la decepción y la desconfianza y también a la reivindicación de la libertad ante todo. Esto se ve reflejado en una estética influenciada por la música, el arte y ese “despertar” de los colectivos que habían empezado a ganar fuerza en la década anterior. Surgiendo también el llamado estilo hippie y la psicodelia (Ladrero, 2005).

Las mujeres cambiaron su forma de peinarse y maquillarse a otra más llamativa y arriesgada con peinados voluminosos, con flequillos y a capas, y también el llamado peinado afro. Todo ello como forma de romper con el estereotipo de que la mujer debía ser sumisa y recatada a la hora de vestir.

Las ropas tampoco se quedaban atrás para ambos sexos. Colores y estampados llamativos, que también se usaron en la decoración interior de hogares, con motivos psicodélicos y futuristas. Aparecerían los famosos pantalones de campana, de cintura alta, las camisetas ceñidas, las minifaldas ajustadas y los zapatos de plataforma, parte la época “disco”(Lemann, 1991).

La moda hippie era algo distinta, pero con rasgos comunes. Los peinados y el maquillaje eran más sencillo, buscando siempre una estética de naturalidad, con ropas anchas, flores en el pelo, cabellos lacios y largos, barbas descuidadas...

Terminando la década, el estreno de la película Grease causó una reaparición de la moda de los cincuenta, la pin up y la preppy.

En los ochenta, se produjo una división clara en las formas de vestir. El gobierno intentaba con una campaña patriótica y nacionalista recuperar la confianza de sus ciudadanos y consiguió despertar ese sentimiento en algunos, pero en otros aún más rechazo.

Surge así la moda heavy, muy relacionada con su estilo musical, con ropas oscuras, cueros, tachuelas, parches, ropas ajustadas, maquillajes muy llamativos, incluso también los chicos se pintarían los ojos, labios o uñas. También se llevaban cabellos y barbas largas como una mezcla entre lo irreverente y el descuido (Jenkins, 2006).

Algo más rompedor que la moda heavy, surge el estilo punk. Un estilo muy artificioso, con crestas, cabellos tintados, maquillajes exagerados en ambos sexos, llevando en sus ropas accesorios metálicos y punzantes, con todo esto queriendo invitar a una forma de rebelión. Los punks nacieron en Reino Unido en los setenta, pero se extenderían por Estados Unidos en los ochenta y se caracterizan por su ideología anarquista en un momento de desconfianza hacia unos gobiernos que no han podido salvar al ciudadano medio de la crisis.

Para aquellos que si volvieron a confiar en el gobierno, se mantienen los estilos más clásicos como el preppy de los cincuenta y sesenta (Dwyer, 2015).

En los noventa, el estilo se reunificaría de nuevo. Es la época de la moda vaquera, del estilo de ropa rapera y la moda grunge. Estas dos últimas estaban basadas en los estilos de música de la década, siendo la moda grunge el estilo más característico, consistiendo en ropa que no conjuntaba entre sí (Pakostová, 2017).

3.5.Cine, arte y literatura.

En la creación de todo este contexto en el que se dieron tal cantidad de asesinatos en serie, la cultura cinematográfica y literaria juega también un gran papel, al igual que la música, que trataremos en el siguiente punto.

En los setenta se produjo en Hollywood una época dorada para el cine, creándose en estos años películas que hoy consideramos clásicos. Es la era de los efectos especiales, de la temática de futuros distópicos o muy avanzados tecnológicamente (Lev, 2000). También hay hueco para el terror y para la acción en películas de guerra, lucha o mafias. No faltan tampoco películas sobre tiempos mejores para el país, como es el caso de la invocación a los cincuenta que se encuentra en

muchas películas como *Grease* o *Regreso al Futuro*. O un “destape” con la proliferación de desnudos en películas o de un sector independiente dedicado a la pornografía, teniendo algunos de estos filmes una dura crítica social como trasfondo. (Dwyer, 2015).

Todo este arte representa desde una inhibición de la realidad, una crítica a la sociedad, preguntándose que será del futuro de la sociedad y del país, a una forma de rebeldía.

De la literatura, cabe señalar el postmodernismo y el realismo sucio de los sesenta y setenta destacando Norman Mailer y Anne Proulx como referentes de esta época. El postmodernismo contó con autores como Roth, McCarthy, Pynchon y DeLillo de la llamada Generación Beat. Contrario a este, el realismo sucio, de carácter sobrio, medido y minimalista, tuvo como autores notables a Wolff, Bukowsky, Ford o Carver entre otros (Vanspankeren, 1994).

Respecto al arte, y concretamente a la pintura, surgen nuevos estilos. Encontramos un arte feminista que sigue procedimientos artesanales de creación de artes plásticas mediante el Pattern Painting y también el Bad Painting, que intenta rescatar una imagen pictórica en la línea entre la abstracción y el realismo, o el New Image Painting con mezclas de concepto, figuración y abstracción (Kee, 2010). Se incluye también el Neoexpresionismo, una forma de pintura figurativa, expresionista y con gran cantidad de colores, llamativos y agresivos, con temas descarnados e imágenes fácilmente identificables pintadas de forma burda, como el cuerpo humano. Se vuelve al caballete y en la escultura a la talla directa y al modelado.

Yendo a los ochenta, se da una dinámica cinematográfica muy similar, pero esta vez cambian ciertos matices. Pese a ser películas de acción y de guerra y futuristas con tremendos efectos especiales que seguían la misma línea de sus predecesoras, la visión ya no era tan negativa y era menos regresiva. Se aportaba cierto ensalzamiento de los valores y cultura norteamericanos de forma indirecta. Como ejemplo de esto último, empiezan a aparecer banderas norteamericanas o símbolos del país en al menos una escena de cada película en la que, de acuerdo con el guion, sea factible hacerlo. Ya sea en la fachada de una casa presidida por una gran bandera o una derruida estatua de la libertad en una película futurista. También toman mucha fama las películas sobre crímenes y asesinatos, en plena oleada. (Prince, 2007)

En la literatura de los ochenta siguen destacando algunos autores de la década anterior, pero poco a poco se nota un cambio en el trasfondo de las temáticas.

Y en la pintura surge el simulacionismo, contrario al neoexpresionismo que se había desarrollado en la década anterior. Se fundamenta en la reinterpretación de estilos y artistas anteriores, pero dándole una importancia primordial a la imagen representada de forma objetiva. Priman las figuras geométricas y los objetos tridimensionales (Pérez Rubio, 2011).

En los noventa empezó a surgir una literatura marcada por la expresión de grupos minoritarios con autores como Joseph Heller, David Foster Wallace o Toni Morrison (Vanspankeren, 1994).

Sobre la pintura surge la llamada generación reflexiva, que toman el relevo de los artistas del boom para hacer un arte más meditado, más introspectivo y delicado, como una reflexión sobre el propio artista y su contexto (Pérez Rubio, 2011).

3.6.Música

Un aspecto que representa muy claramente por qué momento está pasando una sociedad es la música. Mediante esta forma de expresión artística, las generaciones sienten que sus problemas y sentimientos son compartidos y es una forma de retroalimentación.

En los sesenta y setenta nacieron nuevos y muy importantes géneros musicales como el hip hop, el soul, el heavy metal o el punk. La década de los sesenta traería el surf rock, el psychedelic rock y los estilos folk y country. Grupos como los Beach Boys, The Beatles, Bob Dylan, The Doors, The Who, The Rolling Stones, Eric Clapton, Jim Hendrix, The Byrds o Joan Baez alcanzaban los primeros puestos de las listas de éxitos norteamericanas.

El estilo era variado. Aparecieron versiones de canciones de la década anterior propias del rock afroamericano de autores como Chuck Berry o Little Richard. Se dio la llamada British Invasion por encontrarse tantos grupos británicos entre los más escuchados. Y también predominaron letras que apoyaban los movimientos sociales que se venían dando en la década o que contaban historias personales y profundas, muy consumidas por los integrantes del movimiento hippie (Sanjek, 198).

En los setenta destacaban los sonidos eléctricos, ritmos muy marcados y una clara influencia extranjera en los estilos que triunfaron en el país norteamericano. Por un lado, seguía existiendo esa corriente británica con el punk y el heavy metal. Estilos con un trasfondo de rebeldía e inconformismo y que fueron evolucionando hacia la escena musical underground (Sfetcu, 2014). Como en la década anterior, surgieron cantautores de canciones de intensas y personales letras, y grupos de soft rock con un estilo melodioso simple y discreto.

El country daría paso al outlaw country, caracterizado por tratar temas de alcohol, drogas e incluso de delincuencia. Se quiso diferenciar del country original con una forma de vestir propia de la cultura hippie.

El funk y el soul, influenciados por el rock psicodélico, ganarían fuerza con intérpretes como James Brown, Marvin Gaye o Earth, Wind and Fire. También, y muy característica de esta década, encontramos la música disco o el hip hop, influenciados por corrientes afroamericanas.

El hip hop, el rap y la salsa están en el otro lado de las corrientes extranjeras que tuvieron un importante papel en la música del momento. Estos estilos se deben sobre todo a inmigrantes puertorriqueños, latinos y población afroamericana, muy relacionados los dos primeros con el graffiti y el breakdance, y que seguirían desarrollándose con más intensidad en los ochenta (Starr, 2002).

En la siguiente década, el R&B contemporáneo y el pop dance con artistas como Prince o Michael Jackson alcanzarían los primeros puestos de las listas de éxitos. Fuera de la mainstream, aparecería el glam metal de influencia británica y de exaltación de la virilidad, y el hard rock con Bon Jovi o Gun N' Roses.

Por otro lado, el gospel tomó popularidad a mitad de la década y acabaría fusionándose con el pop de los ochenta y noventa. Junto a este, un resurgimiento del country tradicional que se posicionarían como géneros de la mainstream hasta la aparición del grunge en los años noventa con grupos como Nirvana. El grunge estaba asociado a la llamada generación X y servía de representación y definición del sufrimiento de estos jóvenes adolescentes, como luego lo haría el soft punk con Green Day o Foo Fighters (Sfetcu, 2014).

En el underground se desarrolló el gangsta rap, de letras machistas y asociadas al crimen, y nuevos géneros de la cultura indie como el math rock o el lo-fi.

Todos estos géneros aparecieron y desaparecieron en concordancia a la situación política y social del momento, al igual que otras representaciones artísticas como el cine o la literatura e incluso la moda (Sfetcu, 2014). En momentos de descontento hacia el gobierno, estilos alternativos y rompedores con aquello que se había hecho hasta el momento entraban en escena. En momentos de división política, los estilos también se dividen. Y si el ciudadano de hoy se parara a analizar las letras de las canciones más escuchadas, entendería qué es lo que sentía la sociedad en cada momento.

3.7. Aparición de sectas.

Más propio de los sesenta y setenta, pero muy relevante para la posterior exposición de casos de asesinatos en serie infames de Estados Unidos es la aparición de sectas y cultos que se extendió por todo el país.

La forma de desarrollarse era muy parecida. Solían empezar como grupos de culto, meditación, yoga o esoterismo y poco a poco iban evolucionando a prácticas que llegaban a quebrantar la ley. Esto favorecía que el círculo se cerrara alrededor del integrante, cortando sus relaciones con el exterior, haciéndole desconfiar de ellas, promoviendo en su mente una visión pesimista y arrepentida de su pasado pregrupo (Newcombe, 2014)

Según AIS, el cuadro diagnóstico del Síndrome de Dependencia Grupal presente en los integrantes de este tipo de grupos se puede resumir en una dedicación temporal al grupo que fue aumentando progresivamente, una disminución considerable del tiempo orientado a la familia, trabajo u otras relaciones sociales. También, que el hecho de no poder asistir a actos o reuniones del grupo provocara en el individuo irritabilidad. En tercer lugar, la existencia de cambios de actitud hacia sus relaciones fuera del grupo cumpliéndose al menos dos de las siguientes: actitud fría y distante, mentiras, hostilidad o miedo (Bueso et al., 2016).

Serían también parte de este cuadro diagnóstico, tal y como hemos señalado antes, una excesiva dureza y autocrítica hacia su pasado previo al grupo, dándole a este una importancia desmedida, justificando y tolerando la explotación personal dentro de él (económica, laboral o sexual entre otros). Una actividad diaria orientada al grupo con

vivencias maniformes de euforia y entusiasmo y un discurso monotemático junto a conductas llamativas de acuerdo con las normas del grupo. Éstas deben cumplirse en al menos dos de las siguientes esferas: en indumentaria o cuidado personal, en lenguaje, en aficiones o en comportamiento sexual (Bueso et al., 2016).

Es importante también conocer los factores que ayudan a la integración de un sujeto en un culto o secta. Los contenidos o mensajes de este deben de estar en sintonía con los esquemas mentales y valores existenciales del integrante, lo que, junto a una posición cercana del reclutador aumentará la posibilidad de captación. Si también tenemos un trasfondo de una situación vital de crisis, o de un ambiente familiar desestructurado o una pobre educación, el individuo será más sensible al mensaje de la secta. La juventud es otro añadido. Tal y como González Álvarez, Ibáñez Peinado y Muñoz Rodríguez apuntan (2000):

“Cuando el sujeto está todavía en las fases evolutivas de construcción, definición o estabilización de su identidad personal frente a la de sus educadores o iguales, se es más receptivo a todo tipo de alternativas de conducta, y especialmente a aquellas opciones que faciliten una distintividad clara y rápida.” (p.4)

Más en concreto sobre las ideologías generales de estas primeras sectas o cultos, solían tener una dinámica de crítica al sistema, de búsqueda de una nueva organización más justa, en la que se tuviera en cuenta más a los integrantes. Algunas tenían como centro de sus actividades una nueva religión o una visión alternativa de alguna de las existentes; otras simplemente tenían una visión política distinta y más en los años sesenta o setenta en EEUU, donde el comunismo y el socialismo no estaban públicamente aprobados. Había así movimientos más cercanos a una dinámica hippie y otros más a un culto religioso.

Tras Charles Manson y la Familia, este tipo de asociaciones estaban muy mal vistas, pero esto se incrementó aún más con los sucesos de Guyana en 1978 donde los seguidores del “Templo del Pueblo” cometieron un suicidio colectivo que pasaría a la historia por su magnitud. 914 personas se quitaron la vida a la vez tras la orden de su líder, el estadounidense Jim Jones, después del asesinato del congresista Leo Ryan en Jonestown. Jones consideraba que el capitalismo era el Anticristo y que un apocalipsis llegaría de un momento a otro (Kurst-Swanger, 2008).

3.8. Conclusión del contexto

Una vez analizados todos estos diversos factores que componen una sociedad en un momento determinado, podemos entender que entre los años setenta y mediados de los noventa, se dieron en Estados Unidos diversos acontecimientos que marcaron a diversas generaciones y crearon estilos de música, de moda, de cine y de vida que por un lado pudieron servir de motivantes a los asesinos en serie y por otro de facilitadores. Un país orgulloso de sus logros, pero en el que poco a poco fue creciendo el descontento con el Gobierno, semilla que quedaría siempre ahí aunque el país se recuperara económicamente y volviera a querer realzar el sentimiento patriótico de su pueblo, en forma de cultura underground en música y moda, de sectas, de películas distópicas, etc. (Varela y Regueiro, 2001).

Así, en el siguiente apartado, intentaremos entender cómo este contexto pudo influir a que se produjera la oleada, concretamente en tres casos, para entender que solo en ese contexto pudieron producirse los crímenes tal y como ocurrieron.

4. APLICACIÓN EN TRES ASESINOS PARADIGMÁTICOS DE LOS AÑOS SETENTA Y OCHENTA EN ESTADOS UNIDOS.

Tras haber visto todo el contexto histórico que nos permita entender qué pasaba en Estados Unidos cuando se dio la llamada oleada de asesinatos en serie, procederemos a tratar de relacionar toda esta problemática social y política con tres de los casos más sonados de la cultura norteamericana: Charles Manson como representante de las sectas y la cultura hippie. Ted Bundy como el asesino en serie en solitario que dejó un gran número de víctimas por gran parte de la geografía del país y Dennis Rader (BTK) como un asesino en serie que actuó en diferentes décadas y contextos.

4.1.Charles Manson.

Muy en relación con el punto sobre las sectas, encontramos a Charles Manson y la Familia, que, pese a situarse cronológicamente antes de la llamada oleada, creo que sirve de representación de cómo el contexto sociohistórico y político del país influyó en sus crímenes.

Hijo de una madre adolescente dedicada a la prostitución y a pequeños delitos y sin figura paterna de referencia, Charles pronto siguió los pasos de su progenitora y su tío hacia una vida de delincuencia, siendo arrestado por primera vez con tan solo trece años. Durante su niñez, su madre llegó a intentar cambiarlo por una cerveza en una ocasión, pero fue años después, tras el ingreso en prisión de su tío y su progenitora, cuando pasó a manos del Estado.

Con una juventud marcada por múltiples transgresiones de la ley, pasó veinte años en reformatorios o en la cárcel. La última, en 1967, periodo durante el cual se dedicó a estudiar esoterismo y filosofía oriental. Antes ya se había casado y divorciado en dos ocasiones teniendo dos hijos, uno de cada esposa (Guinn, 2014).

Fue a su salida cuando se mudó a San Francisco, en aquel entonces uno de los principales enclaves para el movimiento hippie. Allí se convertiría en gurú para un grupo de seguidores, la mayor parte mujeres, conocido como La Familia, instalándose todos juntos en el Rancho Spahn en Death Valley, lugar al que Manson apodó como Yellow Submarine. El nombre se debía a la canción de los Beatles y al color amarillo de la fachada de aquella casa.

Según las propias palabras de Manson:

“Veía la clase de gente que los jóvenes admiraban y me convertí en eso. (...) Miré lo que querían ver y en eso me convertí” (Ressler y Shachtman, 2005)

Este “modelo” que Charles Manson quiso emular era la gente con pelo largo, sandalias, distintos a lo común, que hablaban en términos metafísicos y escribían y cantaban canciones incomprensibles. Así, que, imitando lo que los jóvenes admiraban, se paseaba por el corazón de la cultura LSD en San Francisco, el distrito de Haight – Ashbury. Doce años mayor que la media de los que allí estaban, pronto congregó gente entorno a él, convirtiéndose en un gurú.

No tardó en conseguir comida, alojamiento y hasta sexo gratis. Manson describía su transformación como “un negativo, un reflejo de los jóvenes”. Charles, consciente de que por su talla (poco más de 5ft, unos 1,57cm), no podía ganar las cosas por la fuerza, se había valido de otras aptitudes y de sus palabras. Como describieron quienes lo conocieron, sus ojos eran hipnóticos y de mirada fija y con ellos podía hacer que sus adeptos hicieran lo que quisiera.

Su amplio pasado criminal le había formado en manipulación, que, junto al uso muy frecuente de drogas por parte de los miembros de La Familia, llevó a aquellos jóvenes a pasar de pequeños delitos a crímenes mayores, como los asesinatos. (Ressler y Schatman, 2005)

Para entender las motivaciones de este inductor, hay que remontarse a 1968, año en el que The Beatles estrenaron su canción *Helter Skelter*. Con una letra aparentemente inocente, Manson interpretó en ella un mensaje apocalíptico. Estaba convencido de que una guerra racial se aproximaba y que los blancos la perderían. Tras esto, Manson conseguiría el poder ya que, bajo su criterio, los negros no podrían mantenerlo. Todo culminaría con él como líder del mundo.

Manson esperó a que la guerra ocurriera, pero viendo que no pasaba nada decidió mover ficha. Su plan era incriminar a los Black Panthers de los crímenes para desencadenar esta guerra racial (Bugliosi y Gentry, 2019).

Charles estaba convencido de que había sido encarcelado sin motivo. Lejos de considerarse responsable de los crímenes, había llegado a la conclusión de que no podía exigírsele responsabilidad alguna cuando se había limitado a ser un reflejo de lo que sus discípulos querían ser. Además, al contrario de lo que alegó el fiscal Bugliosi, Manson no ordenó específicamente los asesinatos. Había conseguido crear un clima donde sus discípulos sabían cómo complacerle y deseaban hacerlo.

El primero de los ataques de la Familia Manson fue el asesinato del músico Gary Allen Hinman. Bobby Beausoleil, Susan Atkins y Mary Brunner fueron enviados por Manson para convencer a éste de que se uniera a la Familia y les entregara dinero y unas furgonetas de su propiedad. (Años después Beausoleil cambió la versión de su historia, diciendo que habían ido por cuenta suya para reclamarle la venta de mescalina de mala calidad)

Ante la negativa de Hinman lo retuvieron durante días, hasta que finalmente murió a manos de Bobby Beausoleil el 27 de julio del 1969, ayudado por Atkins y Brunner. Escribieron con su sangre "Political Piggy" en la pared del salón (cerdo político), junto a una huella de pantera intentando incriminar a la banda afroamericana.

Diez días después tendría lugar uno de los crímenes más sonados de La Familia Manson, el que tuvo lugar en la residencia de Sharon Tate y Roman Polanski. Allí,

Susan Atkins, Linda Kasabian y Patricia Kreninwell, junto a Tex Watson, cumplieron con los deseos de su líder de “destruir totalmente a todo el mundo de la manera más horripilante posible”. Aquella noche en el 10050 de Cielo Drive se encontraban Sharon Tate, embarazada de ocho meses, Jay Sebring, peluquero de estrellas y el guionista Wojciech Frykowski y su pareja Abigail Folger. Polanski estaba en Reino Unido, trabajando en una de sus películas.

En la puerta de la casa también escribieron la palabra “Pig” (cerdo) con sangre de las víctimas (Atchison y Heide, 2011).

La noche siguiente ocurrieron los crímenes de La Bianca, en los que los cuatro anteriores adeptos, junto con Leslie Van Houten y Steve Dennis Grogan acudieron junto a Manson. Éste estaba disgustado por la forma ruidosa y poco sutil de los crímenes de la casa de Tate así que decidió que debía enseñar a sus pupilos cómo se hacía.

Cuando estuvo satisfecho con la forma en la que estaban procediendo esa vez, se marchó dejándoles claro que el matrimonio debía morir. Allí en el 3301 de Waverly Drive, La Familia Manson mató a Leno y Rosemary LaBianca, un empresario y una dependienta. Tex Watson escribió la palabra “war” (guerra) en el torso del marido tras asestarle doce puñaladas que acabarían con su vida. La esposa, que había opuesto resistencia hasta el final, fue apuñalada también, unas cuarenta y una veces.

Una vez muertos, Watson se duchó en la vivienda mientras sus compañeros escribían “Helter Skelter” en la puerta del frigorífico y en las paredes las frases “Rise” (alzaos) y “Death to the pigs” (muerte a los cerdos). Krenwinkel clavó después un tenedor de trinchar catorce veces al cuerpo sin vida de Leno, dejándolo finalmente clavado en el estómago. En la garganta le hincó un cuchillo carnicero.

Mientras La Familia terminaba su tarea en la casa de La Bianca, Manson, Atkins y Kasabian planeaban otro asesinato. Por ciertas circunstancias no pudieron desarrollar sus planes así que Susan Atkins defecó en las escaleras de la entrada y se marcharon.

La familia se disolvió con la detención de Manson y sus integrantes. La primera sería Susan Atkins y poco a poco irían cayendo los demás. Linda Kasabian, aterrorizada por lo vivido en la casa de Sharon Tate, abandonó el Rancho Spahn días después de los crímenes, dejando incluso a su hija allí. Cuando la Familia fue detenida, su colaboración

fue esencial y obtuvo inmunidad a cambio de revelar toda la información posible (Guinn, 2014).

Inicialmente Charles Manson fue condenado a pena de muerte, pero tras la abolición de esta pena en el estado de California, se le aplicó la cadena perpetua. Manson siempre argumentó que él no había asesinado a nadie y que su detención y condena era injusta. Sentía que se le había apresado porque era un símbolo de todo lo malo de la sociedad. Un delincuente reincidente, líder de una comuna hippie, que planteaba una visión alternativa del mundo que el Estado quería evitar a toda costa.

Y lo cierto es que Charlie fue más un inductor que un asesino, pero la repercusión que tuvo en su momento, en un Estados Unidos en época de grandes cambios que se sentía en la cabeza del mundo y quería ser un ejemplo internacional, llevó a que el Sistema judicial buscara a toda costa incriminarle (Atchison y Heide, 2011).

Repasando el contexto histórico del punto anterior, podemos decir que los asesinatos cometidos por La Familia Manson estaban más que influenciados por todos los elementos propios de su tiempo. Por enumerar algunos tenemos la música de The Beatles, presente tanto en el nombre de la casa del Rancho, *Yellow Submarine* y de la visión apocalíptica extraída de *Helter Skelter*. Otro ejemplo es la cultura hippie, lo más definitorio de esta secta. También la guerra racial que Manson predecía, claramente influenciado por los cambios en los derechos de los ciudadanos afroamericanos que habían acontecido a lo largo de la década y sus capítulos violentos como el asesinato de Malcom X en 1965 y de Martin Luther King Jr en 1968 o conflictos como los de Selma. También la aparición de movimientos violentos de liberación negra como los Black Panthers o supremacistas blancos como el Klu Klux Klan causaron en Charles Manson la idea de que aquello iba a ir a peor (Fine, 1982).

Las víctimas de La Familia eran personas blancas, con un hogar y una ocupación laboral acorde con el prototipo de sueño americano. Actores de la época dorada de Hollywood, trabajadores de la industria del cine, empresarios, un músico y una dependienta.

4.2. Ted Bundy

El siguiente en la línea temporal de los tres que vamos a analizar en relación con el contexto es Theodore Bundy. Con un período de actuación comprendido entre 1973 y 1978 y en un área de siete estados, acabó con la vida de al menos treinta y seis mujeres, siendo uno de los asesinos en serie más prolíficos de los Estados Unidos.

Tanto su modus operandi, ritual y firma supusieron un shock en la sociedad de la época. Captaba chicas jóvenes, principalmente estudiantes, valiéndose en gran parte de los casos de su coche, un Beetle. Ofrecía a sus víctimas llevarlas a donde quisieran ir, en una época en la que el autostop era una forma más de desplazamiento. Bundy era joven, atractivo y estudiaba Derecho, por lo que rompía con el estereotipo de hombre al que una joven debía de temer si se le aproximaba. Otras veces, como en el Lago Sammamish, se valió de una venda para fingir una fractura y captó a sus víctimas pidiéndoles ayuda para subir su bote al remolque del vehículo (Michaud y Aynesworth, 2000)

La forma de sesgar la vida a sus víctimas era muy violenta y muchas veces también se daba violación o necrofilia. Bundy se movió con impunidad a lo largo de la geografía estadounidense ante la alarma de la población de los estados por los que dejaba su huella criminal, que cada vez estaba más asustada. Se decía que el asesino tenía un fetiche por las chicas con el pelo largo y lacio, pero aquello hoy se apunta más bien como a una coincidencia. Era el peinado de la época y si sus crímenes hubieran sido en otro momento u otro lugar, las cosas hubieran sido distintas.

Ted Bundy fue detenido en diversas ocasiones y se escapó otras tantas, siendo una de las más famosas cuando saltó desde el segundo piso de los juzgados donde por su buen carácter y educación lo dejaban estar casi a sus anchas en la biblioteca en los recesos. Ted se hizo muy mediático: hablaba con la prensa, se defendía a sí mismo como una víctima del sistema incluso sin estar graduado en Derecho en aquel momento. Algo que sería imposible hoy. Tenía al público comiendo de su mano e incluso tenía un club de fans. (Douglas, 2018).

Con su falsa apariencia de chico formal, bueno y atrapado en una injusticia monumental, Ted Bundy captó la mirada de todos los norteamericanos y su posterior muerte en la silla eléctrica como responsable de los horribles crímenes de chicas jóvenes y de familias de clase media, supuso que quedara atrapado para siempre como

un icono de la cultura norteamericana y como el mayor ejemplo de la psicopatía en los asesinos en serie.

En una serie de entrevistas que se le realizaron en prisión, Ted narró en tercera persona como creía que sería el autor y explicó sus motivaciones, en una forma de narrar como se sentía sin incriminarse y poder seguir defendiendo su inocencia. (Michaud y Aynesworth, 2000).

En esas charlas, Ted Bundy contaba que el autor se encontraba constantemente bombardeado por imágenes sexuales de chicas en el cine o en revistas como la Playboy, y que, unida a la baja autoestima, la frustración y la ira que sentía, centraba su agresividad en chicas atractivas como forma de liberarse. Una entidad requería al asesino que saciara su instinto sexual y una vez conseguido, matar era un fin en sí mismo.

Encontrar un sospechoso en un primer momento no fue fácil. La policía tenía un nombre dado por una testigo, Ted, y sabían que tenía un Volkswagen Beetle marrón claro. Pero en 1974, cotejar tantos datos con carnés de conducir y pasaportes barajando la posibilidad de que fuera un nombre, apellido o apodo hasta encontrar una lista reducida de candidatos era toda una epopeya (Douglas, 2018). En ese año había unos cuarenta y dos mil vehículos de ese mismo modelo en el estado de Washington, pero finalmente, tras semanas de trabajo consiguieron reducir la lista a 100 nombres teniendo en cuenta factores como antecedentes, comportamientos extraños, etc.

Por otro lado, su novia en aquel entonces, Elizabeth “Liz” Kloepper hizo una llamada para denunciarlo al creerlo potencialmente sospechoso. Dijo haber encontrado una caja con llaves y una bolsa con ropa interior femenina escondidos en la casa y un cuchillo bajo el asiento del acompañante del vehículo de su pareja, también yeso y vendas sin que éste hubiera tenido ninguna fractura. Pero lo que más llamó la atención de los agentes es que dijera que la noche de la desaparición de Brenda Ball, Ted se había ido temprano volviendo al día siguiente y llegando tarde al bautizo de su hija, lo cual le asustaba. Ted Bundy encajaba bastante, cumplía con la descripción física, estaba familiarizado con el campus de la Universidad de Washington, de donde desaparecieron muchas de sus víctimas, tenía un Beetle marrón claro y había estado en el Lago Sammamish la semana antes de las desapariciones. Así, pasó a ser el principal sospechoso (Michaud y Aynesworth, 2000).

Las cosas se le pusieron más cuesta arriba cuando dejó escapar con vida a una de sus víctimas, por lo que poco después fue detenido en Colorado. Aquí se produjo la primera fuga, al saltar por la ventana de la biblioteca de la corte. Pero fue detenido días después. La segunda huida se produjo desde prisión y cuando los guardias se dieron cuenta de su ausencia él ya estaba de camino a Florida. Para ello robó un coche que abandonó en Atlanta para coger un autobús a su nuevo destino. Cruzó toda la geografía estadounidense sin ser interceptado, confiado de que en Florida nadie habría oído hablar de Ted Bundy y de las desapariciones y asesinatos de jóvenes estudiantes.

Esto es clave. En el contexto de unos años setenta en la que la policía tardaba días en cotejar datos propios y aún más de comunicárselos entre estados, Ted lo tuvo muy fácil. Sin apenas videovigilancia, sin controles en las estaciones de autobús, con unos documentos de identidad sin apenas medidas de seguridad, empezar una nueva vida sin salir de las fronteras de tu país no era tan imposible como podría serlo hoy.

Otro elemento clave sobre la personalidad de Ted Bundy y que el mismo revelaba en sus entrevistas en prisión era lo concerniente a su infancia. Su padre era un veterano de las fuerzas aéreas que nunca conoció y, en busca de proteger a su madre de lo que entonces se pensaba sobre las madres solteras, la familia presentó a Bundy como hijo de sus abuelos y hermano de su madre, lo que le causó una gran confusión al enterarse de más mayor. Su madre y él se mudaron a Tacoma, en Washington, donde ésta se casó con Johnny Bundy, de quien Ted adoptaría el apellido. Pese a que de esta unión nacieron cuatro hijos y que siempre se le intentó hacer tomar parte de las actividades familiares, Ted se volvió un adolescente solitario, incapaz de socializar y establecer lazos afectivos con normalidad. Pronto empezó a tornarse hostil y cruel con animales, a los que incluso llegó a mutilar (Moes, 1991).

Como hablábamos en el contexto, no fue hasta 1987, año a partir del cual comenzó a bajar la cresta de la ola de asesinatos en serie, cuando se usó el ADN como herramienta clave en las investigaciones policiales y procesos judiciales.

Esto benefició a Ted y a otros muchos asesinos, ya que no había forma de probar su contacto con la víctima a no ser que fuera mediante la presencia de otras pruebas circunstanciales como fibras de ropa, alfombras u otras más concretas como huellas, pisadas o incluso marcas de dientes, como fue en su caso. Su característica mordida quedó grabada en la piel de una de sus víctimas y eso ayudó a condenarlo. Pero si

hubieran existido las tecnologías de ahora como, por ejemplo, una videovigilancia avanzada con sistemas de reconocimiento facial, el camaleónico Ted Bundy no hubiera podido cruzar libremente todo el país hasta Florida.

Vemos así que el contexto sí que influyó en muchos de los aspectos que se dieron en sus asesinatos, desde un padre veterano de guerra y ausente, el engaño para evitar la vergüenza familiar por algo que hoy en día es algo normal, la imagen sexuada de la mujer de la época dorada de Hollywood, los peinados de sus víctimas, el modelo de su coche o las oportunidades para escapar. Todos estos detalles se deben a su momento histórico y quizás, si Bundy hubiera nacido cuarenta años más tarde, no se habría cobrado tantas víctimas pudiendo haber sido capturado antes entre otras tantas posibilidades. (Michaud y Atkinson, 2000)

4.3.Dennis Rader (BTK)

El último ejemplo de asesino en serie de esta oleada que quiero analizar es Dennis Rader, conocido como el BTK por sus siglas en inglés para “Atar, Torturar, Matar”, “Bind, Torture, Kill”, apodo que se ganó tras enviar al periódico *The Wichita Eagle* una carta en la que explicaba que su contraseña sería “Bind them, torture them and kill them” (átalas, tortúralas y mátalas) en 1974, tras sus primeros crímenes.

El escribir a los periódicos buscando reconocimiento fue un hecho muy relevante en su carrera delictiva. Rader llegó a preguntar en una de sus cartas que a cuántas personas tenía que matar hasta obtener algo de reconocimiento nacional o salir en los periódicos. Las novelas de crímenes y revistas de detectives, tan de moda en esos años, eran una de las cosas favoritas de Dennis Rader por lo que quiso convertirse en el protagonista de unos de esos tantos casos que había leído (Douglas y Dodd, 2008).

BTK empezó sus asesinatos con la familia Otero, matando allí a cuatro miembros de la familia: el padre, la madre y dos hijos. La chica, Josie, apareció colgada de una tubería con restos de semen en el muslo. Rader era consumidor de pornografía y fantaseaba mucho con lo que podía hacer a las mujeres que veía en su día a día. Se obsesionó con Julie Otero y entró a su casa sin pensárselo dos veces, encontrando que aún estaban allí su marido y dos de sus hijos. Pero fue la pequeña Josie con la que puso en práctica sus fantasías, maniatándola, cortando su sostén y bajándole las bragas hasta la rodilla, dejándola colgada de una tubería. Se masturbó sobre ella (Wenzl et al, 2011).

A los agentes les llamó la atención encontrar unas marcas de las patas de la silla sobre la alfombra, frente al cadáver de Joey, que había asfixiado con una bolsa y camisetas. Se quedó sentado mirando como su vida se apagaba, lo que le llevaría tiempo. Esto quiere decir que estaba confiado, sabía que no le interceptarían y que tenía todo el tiempo del mundo para experimentar.

En su siguiente ataque, Rader fue torpe. No llevó cuerdas y dejó escapar con vida al hermano de Kathy Bright, a la que tampoco mató en el acto pero que moriría horas más tarde en el hospital. No pudo llevar a cabo su modus operandi y tuvo que recurrir a armas de fuego y un cuchillo.

Tras esto se produjo un silencio criminal de tres años. Dennis trabajaba en una compañía de alarmas, que, irónicamente, no daba abasto con las demandas de la población asustada por el BTK (Wenzl et al, 2011).

En 1977 mató de nuevo dos veces. En marzo a Shirley Vian, dejando con vida a sus hijos a los que encerró en el baño ya que se asustó con una llamada de teléfono. Había olvidado cortar la línea. Su segunda víctima ese año fue Nancy Fox, con la que ya empezó a denotar que estaba mejorando su técnica (Douglas y Dodd, 2008).

El nuevo silencio criminal hizo pensar a los agentes que quizás había muerto o estaba en la cárcel por otro delito. Una última carta llegó al Eagle en 1979, pero la policía pensó que se trataba de un imitador.

En 1985 volvió a actuar, y esta vez escondió el cuerpo. La víctima se llamaba Marina Hedge. En 1986, mató a la joven madre Vicki Wegerle sin ocultar el cadáver y finalmente, en 1991, Dolores Davis a quien dejó tirada debajo de un puente.

La carrera criminal de BTK se alargó durante diecisiete años en los que mató a diez personas. Siempre intentaba atarlas de alguna manera y su finalidad era estrangularlas. La habilidad que mostró en la realización de nudos en el caso de la familia Otero hizo pensar a la policía que debía de ser parte de las fuerzas armadas y no se equivocaban: Dennis Rader sirvió entre 1966 y 1970 en Vietnam (Smith, 2007).

Pero sería sus contactos con la prensa los que le llevaron a su arresto en febrero de 2005. Rader había defendido siempre la autoría del BTK en sus crímenes y de hecho llegó a escribir para aclarar que tres chicos que habían sido detenidos sospechosos de

los crímenes de la familia Otero no tenían nada que ver, dando detalles que sólo la policía y el asesino podían saber sobre la escena del crimen.

Ansiaba reconocimiento, ser uno de los personajes famosos de la historia norteamericana, donde una forma de convertirse en una estrella era ser un asesino en serie, o al menos, así lo interpretaba él. Por eso, cuando en 2004 ya se consideraba un “cold case”, estableció una serie de once comunicaciones con los medios (Wenzl et al, 2011).

Este fue su mayor error. Las cosas habían cambiado, el contexto era distinto. Ya se podía analizar el ADN y establecer coincidencias, había cámaras de seguridad por todos lados, se podía rastrear una dirección IP de un Word... cosas que Dennis Rader debió de pasar por alto.

Las cámaras de seguridad captaron a un Jeep Cherokee dejando uno de sus envíos. En una carta posterior que envió a la policía, preguntó si podían localizarlo si les enviaba un disquete. La policía le mintió diciendo que era seguro y Rader picó. Se encontraron metadatos de un documento Word borrado que estaba aún almacenado en el disquete, donde figuraba como autor un tal Dennis y se encontraron las palabras Iglesia Cristiana Luterana. La policía solo tuvo que poner en el buscador ambas cosas para que le apareciera “Dennis Rader” como presidente de la congregación.

Poco tardaron en vincular el vehículo con él, ya que estaba a nombre de su hijo, algo mucho más fácil de cotejar en 2005 que en 1974 gracias a las tecnologías. El ADN que prestó su hija sirvió para crear una base sólida para solicitar su detención (Douglas y Dodd, 2008).

Con todo esto quiero decir que Dennis Rader y sus crímenes también se vieron condicionados por su contexto. No quiere decir que en otra situación no hubiera intentado matar, pues no lo sabremos nunca, pero lo que si está claro es que muy seguramente se le hubiera atrapado mucho antes, quizás con los crímenes de la familia Otero, quedando fuera de la lista de asesinos en serie.

Kenny Landwehr, el jefe de la brigada de homicidios que llevó el caso BTK concluyó tras los interrogatorios con Rader que solo había sido un “estúpido con suerte” al que le había favorecido que su caso lo llevara un equipo policial poco instruido, como

casi todos los de la época, sin los avances de ahora, y en un ambiente en el que había una población confiada que dormía con las puertas abiertas (Wenzl et al, 2011)

5. CONCLUSIÓN.

Como último punto en este artículo, se ha de concluir con el planteamiento de que, previo a estas dos décadas, se había dado en Estados Unidos un gran desarrollo económico y social. Ganador de la Segunda Guerra Mundial y líder en la lucha por los derechos civiles de los colectivos minoritarios, el gobierno decidió que era su país quien debía liderar la senda del bloque capitalista y por tanto involucrarse en guerras que no le afectaban directamente. En los setenta el país empezaba a estar resentido por el gasto militar y la población estaba harta de que sus hijos y maridos volvieran traumatizados, heridos o muertos. La crisis económica dejó un panorama en el que el Estado no podía cubrir los gastos producidos por la guerra en cuanto a servicios sociales y la sociedad quedó arruinada y abandonada por su gobierno. La gente desconfiaba del Estado y de las fuerzas policiales y nacieron modos de vida alternativos. Después, en los ochenta, volvió a recuperarse cierta confianza y la gente en líneas generales pareció olvidar los errores del pasado hasta tal punto de que a principios de los noventa el país volvía a involucrarse en un conflicto armado en territorio extranjero.

En este contexto, como hemos visto, la sociedad manifestó su inconformismo o desacuerdo mediante el arte, las protestas, el cine, la música y el estilo y la moda tan asociados a esta. El sueño americano era más una utopía y la gente necesitaba buscar una forma para subsistir. Las mujeres empezaron a trabajar y consecuentemente empezó a cambiar los modelos de familia. En estos años, quien no tenía coche o no quería pagar el transporte recurría al autostop, una práctica completamente habitual y para nada causa de temor entre la población. La gente dormía con las puertas abiertas, no había apenas vigilancia, la población se sentía segura.

Pero aquí, donde la sociedad era solidaria entre sí y confiada, algunos aprovecharon para llevar a cabo sus oscuras fantasías criminales. La mayoría de los hombres de esta época habían servido en el ejército y habían estado en el campo de batalla. Estaban familiarizados con la muerte y la sangre y no lo veían como algo grotesco. Algunos acababan traumatizados, otros se convertían en padres autoritarios como le pasó al padre de Ed Kemper o, bien, se desentendían de sus hijos como ocurrió

con el de Ted Bundy. Sus hijos también servirían en el frente y también se familiarizarían con las armas y la muerte, como BTK, experto en hacer nudos propios de un marino.

La falta de medios tecnológicos para que la policía pudiera realizar mejores indagaciones también fue un punto muy importante. La tardía aplicación de las muestras de ADN en investigaciones criminales propiciaría la anonimidad de estos durante años. El mismo jefe Lendwehr decidió guardar las pruebas de ADN tomadas en los casos del BTK a la espera de tener un sospechoso o mejores medios para cotejarlas, lo que fue un acierto.

También las bases de datos informatizadas agilizan mucho las investigaciones y en el caso de Bundy, costó mucho ponerle un nombre completo y una cara por carecer de estos sistemas. Además, de que hoy en día, gracias a nuestros dispositivos móviles podemos extraer información de todo tipo, desde una persona hasta una noticia. Y en los años de esta oleada, que en Miami no tuvieran constancia de todo el fenómeno Bundy que era “trending topic” en los estados del otro extremo del país, se debe principalmente a esto.

Mediante la prensa escrita y por radio y televisión era la única forma de conocer lo que ocurría en otro lugar y de hecho se hicieron muy populares las revistas de crímenes ante el aumento de estos sucesos, lo que también empujó en parte a Rader a escribir a la prensa. La búsqueda del reconocimiento que no había conseguido en su vida personal.

Por otro lado, hoy en día siempre llevamos nuestro teléfono móvil con nosotros y quizás si alguien cortara nuestra línea fija con la intención de robar o atacarnos en casa, podríamos valernos de estos para pedir ayuda. Antes no existía tal opción.

Hablar con desconocidos no era tan extraño, durante los setenta, tras los movimientos de igualdad y paz, la población se sentía de alguna manera hermanada y no desconfiaban al tratar con alguien que acabaran de conocer y les pidiera ayuda amablemente.

También era muy común subirse en el coche de un desconocido para desplazarse o ayudar a cualquiera que lo solicitara sin conocerlo. Hoy la población es mucho más reticentes y si se hace es por medio de aplicaciones como Uber o Cabify, que aseguran

que los conductores son gente de fiar, o se les dice a los menores que no hablen con desconocidos y qué, si estos les pidieran que le acompañen, llamen a los adultos.

Podemos decir que los asesinatos en serie de estos años y sus características y motivaciones han sido acordes a la evolución general de los diferentes aspectos del contexto, compartiendo las conexiones comunes que ocurrían entre el aspecto musical, social y político, por ejemplo.

La sociedad ha cambiado, las tecnologías han cambiado, la historia es distinta, la política, las leyes, las formas de relacionarnos y vivir nuestras vidas. Y quizás vuelva a ocurrir otra oleada con otros factores distintos, pero por el momento y para explicar ésta en la que se centra el trabajo, considero de vital importancia todos los factores anteriormente desarrollados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcázar, A. P. (2017). *Análisis criminológico de los asesinos en serie*. Midac, SL.
- Alexander, J.F. (2018) The Sixties and Me: From Cultural Revolution To Cultural Theory, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 234, 99-110.
- Aamondt, M.T. (2016, 4 de septiembre) Serial Killer Statistics. *Radford University Serial Killer Database*
- Álvarez, J.L., Sotoca, A. y Garrido M.J. (2015) El perfilamiento en la investigación criminal. En A. Giménez y J.L. González. *Investigación criminal. Principios, técnicas y aplicaciones*. Madrid: Cid
- Alvord, K.T. (2000) *Divorce Your Car! Ending The Love Affair With The Automobile*. DM Editorial.
- Atchison, A. J., y Heide, K. M. (2011). Charles Manson and the Family: The Application of Sociological Theories to Multiple Murder. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 55(5), 771-798. <https://doi.org/10.1177/0306624X10371794>
- Baelo Allue, S. (2002). The aesthetics of serial killing: Working against ethics in *The Silence of the Lambs* (1988) and *American Psycho* (1991) (1). (authors Thomas Harris, Bret Easton Ellis). *Atlantis, Revista de La Asociacion Española de Estudios Anglo-Norteamericanos*, 24(2), 7-24. Recuperado de: <https://doi.org/10.2307/41055067>

- Behavioural Analysis Unit (2005) *Serial Murder. Multidisciplinary Perspectives for Investigators*. FBI Publications and Reports.
- Briggs, A., y Burke, P. (2009). *A Social History of the Media: From Gutenberg to the Internet*. Polity.
- Bourgoin, S. (1993) *Asesinos*. Barcelona: Planeta.
- Bueso, V. G., Santamaría, J. J., Díaz, L. M., Montero, E., y Cano, M. (2016). Trastorno de Dependencia Grupal en un Grupo de Manipulación Psicológica o Secta Coercitiva: A propósito de un caso. *Cuadernos de medicina psicosomática y psiquiatría de enlace*, 117, 84-92.
- Bugliosi, V., y Gentry, C. (2019). *Helter Skelter: La verdadera historia de los crímenes de la Familia Manson*. Contra.
- Calzado, M. C. (2015). *El sherlock holmes 2.0. La noticia policial entre expedientes judiciales, redes sociales y cámaras de seguridad*. 21.
- Canter, D.V. y Frizton, K. (2011) *Differentiating arsonists: A model of firesetting actions and characteristics*. <http://doi.org/10.1111/j.2044-8333.1998tb00352.x>
- Canter, D. V., Alison, L. J., Alison, E., y Wentink, N. (2004). The organized/disorganized typology of serial murder—Myth or model? *Psychology Public Policy and Law*, 10(3), 293-320. <https://doi.org/10.1037/1076-8971.10.3.293>
- Carroll, P. N. (1990). *It seemed like nothing happened: America in the 1970s*. New Brunswick. Nueva Jersey: Rutgers University Press.
- Crisostomo Galvez, R. (2014). Dr. Lecter and Mr. Dexter Morgan: Mutations of the postclassic hero in television fiction. *Area Abierta*, 14(2), 35-52. https://doi.org/10.5209/rev_ARAB.2014.v35.n2.45755
- Código Penal Español (2020) artículos 139 y 140.
- Cohen, S. (1972) *Folk Devils and Moral Panics*. London: McGibbon y Kee.
- Curtis, L. (2008). *Jack the Ripper and the London Press*. Yale University Press.
- De Santiago Herrero, F.J. y Sánchez-Gil, L.M (2018) *Análisis conductual del delito y perfilación criminal*. Salamanca: Ratio Legis
- Departamento de Estado de Estados Unidos (2008) *Reseña de la historia de los Estados Unidos*. Capítulos 13 y 14. Recuperado de:

<https://ar.usembassy.gov/es/education-culture-es/irc/resena-de-la-historia-de-los-estados-unidos/>

- Douglas, J.E. y Olshaker, M (2018) *Mindhunter: Cazadores de mentes*. Barcelona: Planeta.
- Douglas, J. E., y Dodd, J. (2008). *Inside the Mind of BTK: The True Story Behind the Thirty-Year Hunt for the Notorious Wichita Serial Killer*. John Wiley and Sons.
- Dwyer, M. D. (2015). *Back to the Fifties: Nostalgia, Hollywood Film, and Popular Music of the Seventies and Eighties*. Oxford University Press.
- Federación Profesional del Taxi de Madrid (2016, 17 de agosto) Revista Taxi 50 (Prensa)
- Fine, G. A. (1982). The Manson Family: The Folklore Traditions of a Small Group. *Journal of the Folklore Institute*, 19(1), 47-60. JSTOR. Recuperado de: <https://doi.org/10.2307/3813962>
- Fischer, C. S. (1994). *America Calling: A Social History of the Telephone to 1940*. University of California Press.
- Fontana, A., y Rosenheck, R. (1994). Traumatic war stressors and psychiatric symptoms among World War II, Korean, and Vietnam War veterans. *Psychology and Aging*, 9(1), 27-33. Recuperado de: <https://doi.org/10.1037/0882-7974.9.1.27>
- Garland, D. (2001) *La cultura del control: crimen y delito*. (5ª ed) Gedisa, Barcelona.
- Garrido Genovés, V. (2000). *Psychological profile applied in serial killers capture*. 23.
- González Álvarez, J.L., Ibáñez Peinado, J. y Muñoz Rodríguez, A.M. (2000) Introducción al estudio de las sectas. *Papeles del Psicólogo*, 76.
- Guinn, J. (2014). *Manson: The Life and Times of Charles Manson*. Simon and Schuster.
- Hall, R.H. (1969) *Occupations and the Social Structure*. Englewood Cliffs. N.J: Prentice-Hall
- Herlica, D. A. (2002). DNA Databanks: When Has a Good Thing Gone Too Far. *Syracuse Law Review*, 52, 951.
- Holmes, R.M. y De Burger, J. (1988) *Serial Murder*. Los Ángeles: SAGE
- Holmes, R. M., y Holmes, S. T. (2009). *Murder in America*. Los Ángeles: SAGE.
- Howell, J.C. y Moore, J.P. (2010) History of Streets Gangs in the United States, *National Gang Center Bulletin*, 4.

- Jacobs, J. (1961) *The Death and Life of the Great American Cities*. Nueva York: Random House.
- Jansson, D. (2016). The Other Vietnam Syndrome: The Cultural Politics of Corporeal Patriotism and Visual Resistance. *Acme-an International E-Journal for Critical Geographies*, 15(2), 418-439.
- Jenkins, P. (2006). *Decade of Nightmares: The End of the Sixties and the Making of Eighties America*. Oxford University Press.
- Katz, J.E. (1999) *Connections: Social and Cultural Studies of the Telephone in American Life*. Transaction Publishers.
- Kay, J.H. (1998) *Asphalt Nation: How The Automobile Took Over America And How We Can Take It Back*. Ed. University of California Press.
- Kee, J. (2010). The curious case of contemporary ink painting. *Art Journal*, 69(3), 89-113. Retrieved from <https://search-proquest-com.ezproxy.usal.es/docview/759597540?accountid=17252>
- Keys, B., Davis, J. y Bannan, E. (2014) The Post-Traumatic Decade: New Histories of the 1970's. *Australian Journal of American Studies*.2-13.
- Knight, A., y Watson, K. D. (2017). Was Jack the Ripper a Slaughterman? Human-Animal Violence and the World's Most Infamous Serial Killer. *Animals*, 7(4), 30. <https://doi.org/10.3390/ani7040030>
- Lemann, N. (1991). *How the Seventies Changed America*. American Heritage Publishing Company, Incorporated.
- Lev, P. (2000). *American Films of the 70s: Conflicting Visions*. University of Texas Press.
- Mahan, A.L., Ressler, R.K.J., (2012) Fear conditioning, synaptic plasticity and the amygdala: implications for posttraumatic stress disorder, *Trends in Neurosciences*, 35 (1), 24-35. Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.tins.2011.06.007>. (<http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0166223611001032>)
- Michaud, S. G., y Aynesworth, H. (2000). *Ted Bundy: Conversations with a Killer*. Authorlink.
- Moes, E. C. (1991). Ted Bundy: A case of schizoid necrophilia. *Melanie Klein & Object Relations*, 9(1), 54-72.
- Pakostová, M (2017) *Vestimenta de los siglos XX y XXI en EE.UU.* (Tesis de licenciatura. Univesidad de Bohemia Occidental en Pilsen)

- Pérez Rubio, A.M. (2011) *Arte y Política. Nuevas experiencias estéticas y producción de subjetividades*.
- Prince, S. (2007). *American Cinema of the 1980s: Themes and Variations—PDF Free Download*. <https://epdf.pub/american-cinema-of-the-1980s-themes-and-variations.html>
- Ramos, R. B. (2015). *Breve historia de la guerra Vietnam*. Ediciones Nowtilus S.L.
- Ressler, R.J. y Shachtman, T. (2005) *Asesinos en Serie*. Barcelona: Ariel
- Rieger, B. (2010) From People's Car to New Beetle: The Transatlantic Journeys of the Volkswagen Beetle. *Journal of American History*, 97 (1), 91-115 Oxford Academic.
- Roig, A. (2009). E-privacidad y redes sociales. *IDP: revista de Internet, derecho y política = revista d'Internet, dret i política*, 9, 8.
- Rossinow, D. (2015). *The Reagan Era: A History of the 1980s*. Columbia University Press; JSTOR. Recuperado de: <https://doi.org/10.7312/ross16988>
- Rossmo, K (2000) *Geographic profiling*. Nueva York: CRC Press.
- Salfati, C.G. y Canter D.V. (1999) Differentiating strangers murders: Profiling offender characteristics from behavioural styles. *Behavioural Sciences and Law*, 17, 391-406
- Sanjek, R. (1994) *American Popular Music and Its Business: From 1900 to 1984*, Oxford University Press.
- Schmid, D. (2006). *Natural born celebrities: Serial killers in American culture*. University of Chicago Press.
- Sfetcu, N. (2014). *The Music Sound*.
- Smith, C. (2007) *The BTK Murders: Inside de "Bind, Torture, Kill" Case That Terrified America's Heartland*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Starr, L. (2002) The Voice Of Solitary Contemplation: Copland's "Music for the Theatre" Viewed as a Journey for Self-Discovery, *American Music*, 20 (3), 297-316.
- Vanspanckeren. (1994). *La literatura de Estados Unidos en síntesis*. 56.
- Varela, O. H., y Regueiro, B. (2001). *Algunas reflexiones respecto del serial killer. Homicidas seriales; atemporalidad e impronta* (93473; Salomé Adroher Biosca (Coord.), *Discapacidad e integración: familia, trabajo y sociedad* (pp. 674-702). Madrid: Universidad Pontificia de Comillas., pp. 674-702).

- Vronsky, P. (2018) *Sons of Cain: A Story of Serial Killers from the Stone Age to the Present*. Berkley: Penguin Random House.
- Wacquant, L. (2010) *Castigar a los pobres: El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. (2ª ed.) Barcelona: Gedisa.
- Walker, S., y Malici, A. (2011). *U.S. Presidents and Foreign Policy Mistakes*. Stanford University Press.
- Warwick, A. (2006). The Scene of the Crime: Inventing the Serial Killer. *Social & Legal Studies*, 15(4), 552-569.
- Wenzl, R. Potter, T. Laviana, H. Kelly, L. (2011) *BTK (Átalas, Torturalas, Mátalas): Treinta y un años de impunidad para un asesino en serie*. Barcelona: Alba Ed.
- Yaksis, E., Allely C., De Silva, R., Smith-Inglis, M., Konikoff, D., Ryan, K., Gordon, D., Denisov, E. y Keatley, D.A. (2019) Detecting a decline in serial homicide: Have we banished the devil from the details? *Cogent Social Sciences*, 5
Recuperado de: <https://doi.org/10.1080/23311886.2019.1678450>
- Young, J. (2011) Moral Panic: Its Origins in Resistance, Ressentiment and the Translation of Fantasy into Reality. *The British Journal of Criminology*. 49 (1), p.4
- Yurtbay, B. (2018) *Vietnam Syndrome and its Effects on the Gulf War Strategy*.